

← VERDADERA OVACION →

← HOMENAJE →

← AL SEÑOR GENERAL RAFAEL REYES. →

Biblioteca tiene copias: 100 + Pza 4;



BOGOTA.

IMPRESA DE VAPOR DE ZALAMEA HERMANOS.

1895.

Sea susprenta de Fekoumá Teruwanos q'p'ete éi fu-
wilda detegúne del p'esente folieto como un firmeméto de
admivnosión é los altos méritos y venidas virtudes pú-
blicas del benemérito General

Rafael Reyes.

El, un las momentos en que se desmoronaba los es-
tados que ocaba de unáncipitar el país, valió é los
compromisos, y lo bastaron sóloamente énuarnta días
para desolarnos la paz, que se acuerda del trabajo.

Yoser un los conseleros y haueres de poderoso órden
para los grandes empresas, para la industria, para la
que dignífiquis progreso y bienestar de todos, el General
Soyes se consolar é lo gratitud, no sólo del gran par-
tido nacional, sino de todo colombiano patriota.

Exepte el eshonorable q'w'm'm, éi v'olegáador úman-
bolis un las palabras de la paz, este testimonia de auto-
radi y de respeto de varios.

Manga de 1885.



Rafael Reyes

VERDADERA OVACION.

Imborrable será para los habitantes de la capital el recuerdo del 27 de Abril, día en que la ciudad de Quesada recibió al caudillo victorioso que ha sabido captarse la admiración y simpatía de todo el país.

Después de esa admirable campaña de cincuenta días, en la que no se sabe qué ponderar más, si la pasmosa actividad ó el valor y la pericia del guerrero; después de esa campaña, en la que se vio al General REYES derrotar á los rebeldes en "La Tribuna;" obligarlos á capitular en Beltrán; organizar la defensa del río Magdalena; dejar en seguridad la Costa, y luego perseguir, tras de marchas increíbles, por entre abruptas montañas y páramos inclementes, á los enemigos del reposo público; después de ese duelo á muerte terrible y sangriento, en el memorable campo de Enciso, que fue la coronación de sus heroicos esfuerzos, la vía que ha recorrido el General REYES ha sido una serie no interrumpida de ovaciones.

Y esto es lo natural, porque si es cierto que nada seduce tanto como el brillo de la espada del héroe triunfante, que ha sabido arrostrar todos los peligros y conducir á sus huestes á la victoria, por amor á una causa gloriosa, tiene también en su favor el General REYES su conducta magnánima con los rebeldes, que ellos mismos confiesan, aun en el dolor de su propia derrota. La misma mano que ha manejado la espada invicta del prestigioso Jefe, ha sido tendida á los vencidos en señal de perdón, traduciendo así los sentimientos altamente benévolos del immaculado Jefe de la Nación que honra hoy la silla de los Presidentes de Colombia. Por eso, por no haber dejado huellas ingratas en pos de sí, el General REYES, así como recibe la entusiasta ovación de los suyos, espontánea y ferviente, ha dejado en el ánimo de sus enconados adversarios de la víspera un recuerdo simpático de magnanimidad, que ojalá les sirva de lección provechosa. El héroe debe estar doblemente

satisfecho, porque ha cumplido con su deber como miembro de un partido político y como hijo de Colombia; y él puede ver por eso la sonrisa de cariño y la lágrima de gratitud de sus compatriotas, como el mejor adorno en las hojas de laurel de sus arcos triunfales.

*
* *

Después de la victoria en los campos sangrientos, el General REYES ha coronado otra que, aunque incruenta, no es menos meritoria. A su paso por las poblaciones de Bolívar, Santander y Antioquia, como si no fueran suficientes las necesidades de la guerra para embargarle todo su tiempo, ha llevado á cabo la obra grandiosa, y más que esto, necesaria, de la unión perfecta de nuestra colectividad política. La urgencia de la defensa común es cierto que allegó, en torno de la egregia figura del primer Magistrado, todos los esfuerzos de la Regeneración; pero toca al General REYES la gloria de haber juntado, á su paso, en nombre del Excelentísimo señor Caro, todos los elementos que, por causas de diverso orden, estaban un tanto separados de la política nacional. Dicen muy alto en favor de esta noble empresa, el modo como han recibido al popular caudillo las ciudades de Bucaramanga, Cartagena, Barranquilla y Medellín, especialmente, que son los principales centros políticos de los tres importantes Departamentos antes mencionados.

El paso del General REYES por Honda, Guaduas, Villeta, Facatativá, Madrid, Mosquera y Fontibón, fue verdaderamente solemne y enternecedor, porque al mismo tiempo que las gentes principales de esas poblaciones procuraban celebrar de la mejor manera posible la entrada del héroe, las gentes humildes, que apenas tienen corazón para amar, enviaban, en expresivas miradas, que anublaban á veces lágrimas de alegría y de reconocimiento, su saludo al Jefe afortunado que había conducido á los suyos á la victoria ó que los había devuelto perdonados á sus hogares.

*
* *

Desde las primeras horas de la mañana del sábado 27 oleadas de gente de todo sexo, edad y condición se agitaban por las calles por donde debía pasar la procesión cívica, adornadas todas con profusión de arcos simbólicos, banderas y gallardetes; en especial la hermosa carretera de Occidente, desde la plazuela de San Victorino hasta la Estación del Ferrocarril de la Sa-

baña estaba tan concurrida, que era difícil abrirse paso por entre la compacta muchedumbre.

Frente á la Estación, en la carretera, se levantaba un magnífico templete, en cuya bóveda lucían, en armónica mezcla, los colores nacionales : el adorno de la Estación no dejó nada que desear, así como el de la locomotora que traía al General REYES y á su escogida comitiva.

Desde las once del día fueron llegando al templete los comisionados del señor Caro, señores D. Víctor Mallarino, D. Enrique de Narváez y D. Eduardo B. Gerlein ; los del Ministerio de Guerra, Generales D. Roberto Urdaneta y D. Aquilino Aparicio ; el del Gobierno departamental, señor D. Eduardo Restrepo Sáiz ; el del Consejo municipal, señor Dr. Elberto de J. Roca, y los comisionados por la Junta popular de la fiesta, señores D. Evaristo Delgado, D. Ricardo Morales, Dr. Carlos E. Putnam, D. Federico Montoya y D. Rafael Portocarrero. Todos estos caballeros aguardaban en el templete al afortunado caudillo.

A las doce en punto llegó el anhelado tren de Fontibón, y un ; hurra ! entusiasta y ensordecedor, lanzado por los miles de concurrentes allí reunidos, llenó el espacio ; la orquesta rompió en armonías inflamando los corazones con las notas del himno de Colombia, y los cohetes, en número incontable, hendían los aires y parecía que hicieran eco á los vítores de aquella muchedumbre que palpitaba de frenética alegría.

Al subir al templete, el héroe se sintió doblemente conmovido : una multitud que llenaba el camino triunfal que tenía á su vista, le aclamaba ; altos dignatarios de la República lo abrazaban con efusión y le daban las gracias en nombre de ella, y doce niñas bellísimas y puras, que representaban á los nueve Departamentos, á la *Victoria*, á la *Paz* y á la gran PATRIA, ofrecían al gallardo adalid sendas coronas de laurel. Los ojos del guerrero se humedecieron ante ese espectáculo sublime y enternecedor, y en ese momento, en que el heroísmo se veía coronado por la inocencia, debió subir del noble corazón de REYES un himno ferviente de amor y gratitud al Dios de los Ejércitos, que de él se había servido para devolver la paz al pueblo colombiano.

* * *

El distinguido caballero D. Víctor Mallarino dirigió al General REYES la palabra en estos expresivos términos :

Señor General REYES :

Hemos recibido de Su Excelencia el Presidente de la República el honroso encargo de anticiparos su saludo de bienvenida, y de reiteraros en su nombre, como Magistrado y como amigo personal vuestro, sus felicitaciones por la prodigiosa campaña que abristeis un día como éste con decisivo empuje, y á que disteis glorioso término en el campo de Enciso, donde la Nación quedó vengada de insólito ultraje, y sepultada la revolución.

Los merecimientos que habéis adquirido como militar glorioso y magnánimo y que os confieren nuevo título á la gratitud del pueblo colombiano, quedarían moralmente incompletos sin la sólida base de vuestras virtudes privadas y cívicas. Vos, señor General, con los demás beneméritos Jefes que concurren noblemente á la defensa del orden social, habéis comprobado que bajo el régimen de "Libertad y Orden," lema del escudo patrio, lealmente entendido y practicado, la espada protege, no amenaza.

Con visión clarísima, con elevado criterio, habéis sabido apreciar y proclamar en campamentos y comicios la alteza y amplitud de la causa nacional; é inspirado sólo en el bien común, habéis batallado para defender la sociedad, sostener las instituciones, y servir y honrar á la República.

Hé aquí por qué en la explosión de júbilo con que los pueblos se agolpan á saludaros, podéis tener la satisfacción de descubrir fácilmente, además del tributo de admiración debido al Capitán invicto, un homenaje más íntimo de afecto y de respeto hacia el buen ciudadano, el voto que todos los corazones elevan al Cielo por que vuestra dicha sea colmada y se perpetúe en el seno de vuestra cristiana y dignísima familia.

Tales son los sentimientos que tenemos el encargo y al mismo tiempo el placer de expresar en nombre del Jefe del Estado.

Luégo el Dr. Roca, en nombre del Consejo municipal, dijo :

Señor General REYES :

Encargado por la Honorable Municipalidad de Bogotá de la honrosa comisión de daros en su nombre el saludo de bienvenida y presentaros su alto homenaje de admiración y gratitud por vuestros grandes servicios prestados á la Patria, lo hago con todo el entusiasmo, sinceridad y alegría que puede experimentar un humilde ciudadano como yo, que, entregado únicamente al trabajo diario que da pan al cuerpo é independencia al pensamiento y á la conciencia, ha apreciado en todo tiempo vuestras virtudes no solamente cívicas y militares, sino también las que habéis cultivado siempre en el campo del trabajo, en la sociedad y en el hogar.

Habéis cosechado laureles inmarcesibles en "La Tribuna" y en "Enciso" y habéis encadenado la "Gloria" y la "Inmortalidad" al carro de vuestros triunfos; pero algo más grande habéis hecho todavía, benemérito General: habéis proclamado una política noble, amplia y generosa, cual corresponde á los hombres de corazón y de inteligencia como vos, agrupando al partido triunfante al derredor del ilustre Jefe de la Nación; probando así, á la faz de la América entera, que no sólo sois caudillo de espada, sino también buen ciudadano y gran patriota; que sois soldado de la Legitimidad y del Orden; y que amáis verdaderamente á esta Patria, que sabrá premiaros como lo merecéis, siendo, como sois, uno de sus hijos predilectos,

Y el señor D. Evaristo Delgado, al presentarle la espléndida condecoración que había mandado trabajar la Comisión de que ya se ha hablado, (1) se expresó así:

Señor General REYES:

En las grandes emergencias de los pueblos, Dios sabe escoger los hombres que destina al cumplimiento de sus ocultos designios; por eso quiso El libraros de las manos enemigas al estallar la guerra, y vuestra salvación se consideró desde luego como feliz presagio de alta misión confiada á vuestra clara inteligencia y espada prestigiosa.

En efecto, sin perder un instante volásteis á esta capital, é investido de las facultades necesarias en lo civil y militar, iniciásteis gloriosa campaña con el destrozo completo de los rebeldes en *La Tribuna*, no obstante la superioridad de las fuerzas y posiciones enemigas.

En seguida sometísteis con generosas condiciones numeroso Ejército en *Chumbamuy*; descendísteis á la Costa Atlántica, armando á vuestro paso vapores en guerra, y después de dejar guarnecidas, con admirable previsión, las plazas más importantes, subísteis de nuevo el río y aparecísteis en el Táchira para destruir las invasiones que hijos espurios de Colombia, en liga con aventureros vulgares, habían organizado en la frontera venezolana.

Empero, sin valor para haceros frente, huyeron hacia el Sur, con el fin de unirse á sus coligados de Boyacá, tomándoos considerable delantera. Con pasmosa celeridad, sin ejemplo en nuestros fastos militares, atravesando desiertos inclementes y reducido vuestro Ejército á menos de la mitad por la fatiga y penalidades de toda especie, les dísteis alcance en *Enciso*, en donde los vencísteis con fuerzas inferiores, después de un prolongado y sangriento combate.

Con tales prodigios de actividad y arrojo rebosaron de entusiasmo y reconocimiento los pechos de vuestros amigos, quienes acordaron obsequiaros con algún presente en homenaje á los servicios que acabais de prestar á la República.

Con el carácter de Presidente de la Junta nombrada al efecto, os saludo en su nombre, y en el mío propio, con efusión patriótica, y pongo en vuestras manos esta cruz de brillantes, menos valiosa por la materia que por el precio de estimación que sabréis darle. Aceptadla, señor, con benevolencia, y quieran vuestros hijos conservarla como prenda de gratitud por vuestro heroico civismo y como recuerdo de uno de los episodios más interesantes de nuestra historia, episodio en el cual os corresponde puesto culminante.

(1) La medalla,—grabada primorosamente por el hábil é inteligente artista D. Prudencio Maza,—representa una cruz de Malta á la cual, en un diámetro de cien milímetros, está circunscripta una corona de laurel atada en los extremos con dos cintas que significan "vínculos de unión." De uno de éstos, el de arriba, se sostiene una corona, de la cual pende la cruz: la corona tiene nueve estrellas simbólicas de los nueve Departamentos; el todo significa la Cruz sostenida por la República. Las ramas de laurel con cincuenta y dos hojas y puntos de brillantes simbolizan el triunfo y el premio. La cruz tiene en cada brazo un diamante y otro en el centro, de cinco quilates y de gran tamaño. Al rededor de este hermoso diamante se lee esta inscripción: "A RAFAEL REYES—vencedor—1895." En el reverso de la cruz dice: "Sus copartidarios de Colombia." Esta grande cruz, famosa por su valor intrínseco (no menos de diez mil pesos) y por su mérito artístico, fue dibujada por el entendido artista D. Bernardino Castro y grabada, como se ha dicho, por el señor Maza.

Verdad es que al llamamiento de nuestro celoso Magistrado, respondieron presurosos todos los patriotas y que colaboraron de concierto Jefes eminentes, como Casabianca, Matéus, Pinzón, Molina, Holguín y cien más; pero, seguramente, sin la cooperación de vuestro genio, estaríamos aún luchando en duelo á muerte contra una revolución que revestía los más odiosos caracteres y cuyo triunfo habría convertido en país berberisco á nuestra querida Patria.

Merecéis bien de ella, ilustre General! porque habéis contribuido como ninguno á devolverle la paz, bien supremo de los pueblos, y á dar mayor prestigio á las sabias instituciones que nos legó el inmortal Núñez. Que la satisfacción del deber cumplido, el regreso al dulce hogar y esta ovación de un pueblo agradecido que os aclama con alborozo héroe invicto, os indemnicen de los múltiples sacrificios que os impuso el patriotismo.

Bendigamos á Dios por la visible protección que ha dispensado á nuestra causa, y unidos por sentimientos cristianos de concordia, volvamos á las faenas del trabajo, de cuya campaña pacífica sois también ejemplar soldado, no siendo éste el menor de los títulos que os hacen merecedor de la estimación pública. Hombre práctico, os hemos visto, ora descuajando montañas allá en la región donde se trifurcan nuestros gigantes Andes; ora cultivando dehesas en el ardiente valle del Magdalena. ¡Es así como se tornan propicias la Gloria y la Fortuna!

El General REYES, visiblemente emocionado y con voz sonora y vibrante, contestó á los tres discursos anteriores, así:

Señoritas, señores comisionados, señores:

Pasada la lucha, terminadas las marchas bélicas, al regresar á mi amado hogar noto que de todas partes—de las cabañas de las márgenes del Magdalena y del Lebrija, de las chozas de los páramos de Santander y de las montañas de Antioquia, de las opulentas ciudades de Bucaramanga, Barranquilla, Cartagena, Medellín y hoy de la capital de la República—se levanta unísono y entusiasta grito de patriotismo para festejarme. Es que en mí se saluda, y esto es lo justo, no solamente á los lidiadores de *La Tribuna* y de *Enciso*, á los que hicieron campaña en el Magdalena y en los yermos de Mogorontoque, sino á nuestros compañeros de Santa Rosa y *Cruz-Colorada*, á nuestros compañeros de *El Chicoral* é *Ibagué*, á los vencedores del Tolú, Baranoa y Bocas del Toro, á los lidiadores del Cauca y San Martín, á todos los defensores de la legitimidad en la pasada lucha. Consuela ver que el sentimiento público, alma de los pueblos, no está muerto: allí donde el hombre es más independiente porque trabaja más rudamente, se manifiesta con mayor vigor ese sentimiento.

Yo he tratado de cumplir con mi deber como soldado y como ciudadano, sin llevar en mira los intereses—estrechos las más de las veces—de una agrupación política, sino los de la Patria, y esa seguirá siendo mi conducta. Me llena de alegría ver que la dignidad y altivez nacionales se manifiestan opuestas al caudillaje y al personalismo que son sima á donde han rodado casi todas las Repúblicas de la América española y que las han cubierto de sangre y de infamia.

En la opulenta Medellín proclamé que la escuela de verdad y de sinceridad políticas que está fundando el Jefe de la Nación, salvará á Colombia; y tuve la satisfacción de ser aplaudido, al lanzar tal declaratoria, no sólo por aquella ciudad sino por todas las poblaciones de esas montañas en donde se abriga un gran pueblo.

Las guerras continuas en que ha vivido el país nuestro desde que dio el grito de independencia, tienden á rebajar el carácter nacional: levantarle es la tarea que nos toca á todos, que para ser libres se necesita ser dignos y ser buenos. Hay que educar los pueblos para la libertad, porque las más de las veces ellos forjan sus cadenas.

Señor Mallarino:

Estimo altamente el discurso que me habéis dirigido en representación del Excelentísimo señor Vicepresidente. En su nombre me decís que he cumplido con mi deber como soldado y como ciudadano; esta manifestación del primer Magistrado del país y de un hombre que á nadie engaña ni halaga á nadie, me es de inmenso valor. Yo sabré merecerla, os lo aseguro, mientras lata este corazón cuyas palpitaciones todas son de mi Patria y para mi Patria, y os prometo que ese hombre íntegro y sincero que maneja la nave de la República, y á quien debemos apoyar los colombianos de buena voluntad, no se arrepentirá jamás de haberme dado ese hermoso premio, porque con el favor de Dios, siempre seré soldado y ciudadano cumplidor de mi deber.

El saludo que acabais de dirigirme, señor Doctor Roca, en nombre de la Municipalidad de Bogotá, no solamente lo agradezco en alto grado, sino que en cierto modo me compromete, al contestarle, á merecer con mi conducta pública la aprobación de los buenos ciudadanos, entre los cuales ocupáis lugar eminente por vuestras grandes condiciones de moralidad, laboriosidad y patriotismo.

Por último: las palabras de entusiasmo y de bondad que me habéis dirigido, señor Doctor Delgado, en nombre de la Junta que representais, y la valiosa cruz de brillantes con que me obsequiais, al mismo tiempo que me llenan de orgullo—de orgullo sano, no de vanidad, del orgullo que da el deber cumplido—me confirman en la creencia de que el espíritu público no ha muerto en nuestro partido; de que el entusiasmo por su triunfo, por sus glorias y por su porvenir está latente; de que la escuela fundada por el Doctor Núñez—escuela de abnegación y de sacrificio—continuará dando abundantes frutos y haciendo el bien de la Patria.

La justicia cojea pero llega, se ha dicho, y es lo que pasa con la memoria del Jefe y del Maestro.

Antigua y sincera amistad nos liga, Doctor Delgado; soy, como vos, de los zapadores del trabajo en nuestro país, y por eso comprendo, tan bien como vos, que éste es el único que puede educarnos para la Libertad y para la República.

Después de estas ceremonias, el General REYES montó en un caballo, ricamente enjaezado, y siguió por el itinerario trazado de antemano por la Comisión, en el que formaban calle

de honor, vistiendo uniforme de gala, los batallones que forman la guarnición de la capital. En el largo trayecto de la Estación ya nombrada al Parque del Centenario y de éste al de Santander, pudo ver el héroe, al pasar por los numerosos y lucidos arcos del camino, anchas y elegantes cintas que le recordaban los puntos salientes de su fecunda vida de trabajador incansable y de guerrero victorioso. Pudo aquel día enorgullecerse el General REYES de haber llevado una existencia de laboriosidad y de virtud, que habían seguido, con ojos de respeto y de cariño, sus compatriotas.

En el parque de Santander, hacia la esquina norte, llamaba la atención un arco severamente decorado con el nombre de las dos últimas batallas libradas por el General REYES; notable también por sus expresivas alegorías, fue el arco que en la esquina de San Francisco levantó la Policía nacional, así como el que en la esquina siguiente, hacia el sur, elevó el Gobierno departamental al vencedor de *La Tribuna* y *Enciso*.

El número de coronas, muchas de éstas de gran valor, obsequiadas al General REYES en este memorable día, excede de todo cálculo.

Cuatro coches lujosísimos en los que iban las niñas que coronaron al héroe á su llegada, escoltados por grupos de caballeros, rompían el imponente desfile, luégo unos cuantos carruajes que conducían las coronas y después la gallarda figura del General REYES, vestido de sencillo uniforme y con un kepis laureado, dominando el airoso corcel que le había sido presentado. Seguían al caudillo centenares de jinetes de todas las clases y condiciones sociales y en elegantes landós damas de alta distinción, entre ellas la señora esposa y señoritas hijas del héroe, y altos empleados de la Administración pública.

Llegó la comitiva á la plaza de Bolívar y de allí siguió al Palacio de San Carlos, donde el General REYES fue recibido por el Excmo Sr. Caro, el Sr. Delegado Apostólico, el Ilustrísimo Sr. Arzobispo y otros altos dignatarios: el expresivo saludo de felicitación del primer Magistrado y la contestación del General, estuvieron á la altura de la solemnidad del acto y de esas dos figuras egregias de la República.

En toda la calle de "Palau" había dispuestas, á uno y otro lado, multitud de pequeñas toldas de campaña, blancas y azules, hasta la casa de habitación del General, frente á la cual lucía una elegante tolda, de grandes dimensiones, con ornamentos apropiados y piezas de artillería.

Los balcones y ventanas por donde pasó la lucida y numerosa procesión cívica estaban atestados de señoras y señoritas,

en cuyos semblantes se veía la admiración y la simpatía que despiertan en el sensible corazón femenino la abnegación, la intrepidez y el valor.

Así acabó este día espléndido en que hasta la naturaleza tomó parte, porque el cielo azul no estuvo velado por nubes invernales y el sol lanzaba sus rayos más puros; y después de la caída de esa tarde serena, cuando las últimas tintas de la luz crepuscular daban paso á las sombras de la noche, los acordes de la música, que se perdían á lo lejos entre vítores de entusiasmo, completaron la fiesta.

*
* *

Tal ha sido el modo como la gratitud nacional ha correspondido á los esfuerzos del valeroso caudillo: Bogotá, con sus ciento cincuenta mil habitantes, de todos los Distritos de la República, confundidos fraternalmente en este día de verdadero entusiasmo, ha puesto sobre las sienes del General REYES algo más que las simbólicas coronas de laurel y que las merecidas condecoraciones debidas al mérito: le ha dado su confianza plena y su agradecimiento traducido en la nota acorde de amor de todos los corazones patriotas.

¡Cuándo hubiera de pensar el titán que exploraba, tenaz y valiente, las selvas vírgenes del Caquetá, el que decidió la navegación del Putumayo, después de reveses sin cuento, y el que enarboló por primera vez el pendón tricolor de Colombia en el padre Amazonas (1), que la gloria le tenía reservado el más bello de sus premios acá en las cumbres de los Andes, donde la belleza, el mérito y el patriotismo, en admirable consorcio, se han dado cita para hacerle una positiva apoteosis!

Vuelva al hogar feliz el que ha dado los mejores días de su vida al progreso de la Patria y el brillo resplandeciente de las victorias á las armas nacionales: después de que la fiesta pública ha pasado, entre los himnos entonados por el pueblo y el alegre sonar de las dianas militares, la mejor corona la tiene el magnánimo guerrero en el abrazo estrechísimo de la casta esposa y en los cariños inocentes de sus hijos.

(1) Justo es hacer aquí mención de que en las memorables exploraciones que hoy recordamos, que se verificaron en el largo espacio de diez años, por las inclementes y salvajes regiones orientales que demarcan nuestros límites con el lejano Brasil, acompañaron al heroico General REYES sus abnegados hermanos Néstor y Enrique, de los cuales el primero murió ahogado en el Putumayo, y el segundo á bordo de una lancha sobre las aguas del Amazonas; y su sobrino el caballeroso y valiente joven D. Alejandro Plazas Reyes, que tiempo después murió en esta capital, á consecuencia del paludismo contraído en esas regiones.

Hoy sólo sobreviven, de los compañeros de REYES en esa titánica empresa, su hermano D. Elías y su sobrino D. Florentino Calderón Reyes, que no necesitan de otro pasaporte para las gentes patriotas y progresistas, y para su propia gloria, que la de haber acometido, con el General REYES, esta obra colosal.

OBSEQUIOS AL SEÑOR GENERAL REYES



Entre el sinnúmero de manifestaciones de simpatía que ha recibido el benemérito adalid del Partido Nacional, hijo predilecto de la Victoria, debemos contar en primer término el valioso regalo del Excmo Sr. Presidente, de que habla la siguiente nota verbal:

MIGUEL ANTONIO CARO

PRESENTA AL SEÑOR GENERAL

RAFAEL REYES

en el día de su triunfal entrada á la capital, como testimonio de amistad y recuerdo de patriótico alborozo, un bastón que usó como insignia de mando el Gran Mariscal de Ayacucho.

Bogotá, 27 de Abril de 1895.



El Sr. General REYES dirigió al Excmo Sr. Caro la respuesta que va en seguida :

RAFAEL REYES

agradece profundamente al Excmo Sr. D. Miguel Antonio Caro el bastón que le obsequia, que usó el Gran Mariscal de Ayacucho, y se esforzará en hacerse digno de merecerlo.

Bogotá, Abril 29.

No puede darse más delicadeza en el obsequio ni puede haber más intención al hacerlo. Conocidas y altamente apreciadas las eximias virtudes del Gran Mariscal de Ayacucho, que rayó en primera línea como militar y como Magistrado, y que unió á sus talentos y á su valor la modestia y la magnanimidad, juzgó el Sr. Caro, sin duda, que la inapreciable prenda que

regalaba al General REYES, estaría bien en sus manos, y que llevaría al corazón de tan distinguido compatriota la satisfacción de haber seguido, en lo posible, las huellas del Abel colombiano, manejándose tan experto y valeroso en la lucha como noble y clemente después del triunfo.

En segundo lugar mencionamos el inapreciable regalo de la espiritual y distinguida matrona Doña Margarita Caro de Holguín, á que se refieren las siguientes cartas :

Sr. General RAFAEL REYES—P.

Mi estimado General y amigo :

La caja que envío adjunta á usted fue del uso particular de Carlos, y deseo que la conserve el amigo que lo acompañó con tanto valor y lealtad, en días amargos é inolvidables. Recíbala usted, pues, como recuerdo de invariable amistad y como prenda de gratitud.

Aunque alejados por nuestra triste situación de las manifestaciones que ofrece hoy á usted el sentimiento nacional, mamá, mis hijos y yo nos unimos á ellas con el corazón, y pedimos á Dios derrame sus bendiciones sobre usted y todos los suyos.

Soy siempre de usted afectísima y sincera amiga,

MARGARITA CARO DE HOLGUÍN.

Su casa, Abril 27 de 1895.

Sra. Doña Margarita Caro de Holguín—P.

Muy respetada señora y amiga :

Profundamente agradezco á usted el precioso obsequio que me hace de la caja de plata que usaba su señor esposo. Este fino recuerdo de una virtuosa matrona, de la viuda de un gran servidor de la Patria y de la hermana del eminente Jefe de la Nación, es motivo de gran satisfacción para mi alma, y lo conservaré como el premio que la virtud y el patriotismo de la mujer colombiana dan á quien trata de cumplir su deber.

Con mi esposa y mis hijos saludamos cariñosamente á mi señora Blasina y á los suyos, y les agradecemos sus benévolas expresiones.

Quedo su respetuoso estimador y amigo, q. b. s. p.

RAFAEL REYES.

Su casa, Abril 29 de 1895.

¿ Qué mejor recuerdo para el General REYES, verdadero amigo del luchador incansable por la causa del orden y la justicia, que esta prenda, testigo de los desvelos del gallardo pa-

ladín? Acierto y mucho tuvo la virtuosa compañera en vida del inmortal CARLOS HOLGUÍN al presentar este obsequio al General REYES.

Las señoras de Bucaramanga presentaron al General REYES una medalla de oro, artísticamente trabajada, que trae en el anverso la siguiente bella inscripción :

Al denodado General RAFAEL REYES, triunfador en los campos de batalla y del trabajo.

1895—*Sus admiradoras de Bucaramanga.*

Y en el reverso :

LA TRIBUNA. Enero 29.—ENCISO. Marzo 15.

Las señoras de Medellín también le enviaron una no menos rica medalla con esta dedicatoria :

Las señoras de Medellín al General RAFAEL REYES. 1895.

Esta joya tiene grabado por el reverso el escudo nacional, y dice :

Honor al valor y al patriotismo.

Los señores *Luis María Berrío, Heraclio Parra V., Ambrosio Henao, Lisandro Uribe G., José María Henao y Julio Berrío P.*, dieron al General otra medalla en la que consta el nombre de los donantes y lleva esta inscripción :

Al héroe de Enciso General RAFAEL REYES.

Recibió también otra medalla que dice por un lado :

El Batallón Caro N.º 22 al ilustre General RAFAEL REYES.

Y por el otro :

La Tribuna—Chumbamuy—Enciso—1895.

Otra medalla de oro, recuerdo galante de las señoras de Tunja, con esta dedicatoria, hábilmente grabada :

AL INVENCIBLE GENERAL REYES.

Las señoras de Tunja.

Una hermosa corona de oro, bello obsequio de la señora esposa del General Carlos Cuervo Márquez.

Una corona, artísticamente formada de monedas de plata antiguas y modernas, de distintas nacionalidades, con una dedicatoria preciosamente bordada, que dice :

Al General REYES.—Chía—1895.

Un rifle Winchester, de oro, obsequiado por el señor Ministro de Guerra, á nombre del Gobierno, que estaba destinado al Jefe que librara con buen éxito la primera batalla en esta contienda.

Un gran cuadro con el retrato del General REYES, lujosamente enmarcado, obsequio del señor Manuel Villarraga.

Una corona de plata, delicado trabajo, obsequiada en Medellín, que dice :

AL INVICTO REYES—Su admirador agradecido, B. Uribe. 1895,

Los entusiastas vecinos de Funza obsequiaron al General con un elegante y valioso juego de baño, de plata, en su correspondiente hermosa caja.

El señor Gobernador de Antioquia presentó al General un *coco* de esmerado trabajo, con el escudo de Colombia, esmaltado; y el señor D. Juan Pablo Arango Barrientos, de Medellín, una preciosa joya de oro macizo,

Una copa de plata, cincelada, con el monograma del General REYES, en letras de oro y en relieve, que lleva los nombres de los donantes :

F. Montoya, E. Narváez, R. Fernández, J. Gutiérrez, J. M. Montoya, A. Gutiérrez, C. Cuervo, E. Restrepo S., E. Gerlein, C. E. Putnam, R. Morales, B. Pizano.

Dos bastones de carey y empuñadura de oro, obsequiados por los señores General Jorge Moya Vásquez y Dr. A. W. Robayo.

Un magnífico retrato del General REYES,—obra del justamente reputado artista D. Ricardo Acebedo,—regalo de las bandas nacionales, cuyo retrato fue presentado en un vistoso marco y con la correspondiente dedicatoria.

Una rica banda de seda azul, regalo de la señora Doña Ana Rosa T. de Calderón, con labores de oro y la siguiente inscripción en correctos caracteres, también de oro :

Al inclito y noble General RAFAEL REYES, con la constancia de la fecha de las batallas de La Tribuna y Enciso, más una hermosa corona de laurel, obsequio de la misma señora é hijas y el señor J. Miguel Calderón T.

Un sifón artísticamente trabajado, con la siguiente dedicatoria en letras de relieve :

Al protector de las industrias, al pacificador de Colombia, al valiente General RAFAEL REYES.

De Kopp's Bavaria—Bogotá—1895.

Un valioso y bello trabajo chino en seda, obsequiado por la señora esposa é hijas del General Roberto Urdaneta.

Delicados trabajos de sedería de la fábrica de Medellín, del sabio Dr. La Roche, obsequiados por la distinguida señora de éste.

Un caliente-pies de ricas pieles del Polo y un precioso jarro de plata con su correspondiente platillo, regalo de la señorita Enriqueta González Borda.

Una valiosa obra titulada *El Album de la gloria de Chile*, obsequio de la familia del ilustre General Briceño.

Una obra, en lujosa edición, titulada *La vida militar en España*, regalo de los señores D. Clímaco Losada y D. Augusto Torres M.

Un hermoso cuadro de *Dom Bosco* y dos obras lujosamente empastadas, obsequio de los niños del Instituto Salesiano.

Una bella papelera con una preciosa guirnalda, obsequio de las RR. Madres Terciarias.

Un buen cuadro de *La Guardia de honor*, de las RR. Madres de la Enseñanza.

Un rico porta-plumas de oro, de la digna familia Lamo.

Un magnífico *necessaire* de viaje, del señor D. José María Samper Matiz.

Un elegante busto de bronce, del Libertador, con artísticos tinteros y pluma de oro, regalo del caballero D. Ricardo Pardo.

Una curiosa licorera.

Una preciosa banda tricolor, del señor D. Antonio Ospina.

Un precioso jarro de aluminio, del señor D. Julio E. Cor-dovez.

Una simbólica paloma, con un ramo de oliva en el pico, y una bellísima banda verde.

Entre los centenares de coronas de laurel enviadas al insigne guerrero, son de mencionarse las siguientes :

I—Una preciosa guirnalda con vistosos lazos de anchas cintas de seda, que traen las siguientes inscripciones :

La Benevolencia—La Lealtad—La Abnegación—El Valor.
Señor General RAFAEL REYES.

Obsequio de la señora Leticia Z. de Goenaga.

II—La corona del Colegio de San Bartolomé, con el escudo nacional y esta inscripción :

Vini, vidi, vinci.—La Tribuna. Enciso.—Al General REYES.

III—La presentada por el Batallón CARO, que dice :

Los Jefes, Oficiales y soldados del Batallón CARO á su Jefe y compañero en LA TRIBUNA.

IV—La que lleva esta dedicatoria :

El Jefe, Oficiales y soldados del Piquete Volante número 1.º al benemérito General RAFAEL REYES.

V—La hermosa corona en cuyas anchas cintas se lee :

Al valeroso General RAFAEL REYES.—La Superiora y Comunidad del Buen Pastor.

VI—Una elegante corona que dice :

Al invencible General REYES.—El Colegio de Colón.

VII—Una vistosa corona, mitad dorada, en la que consta :

El Instituto Homeopático de Colombia. Benemérito General RAFAEL REYES.

VIII—Una bellísima corona de laurel y olivo, que dice :

Al ilustre General RAFAEL REYES.

Eloy B. de Castro, Manuel A. de Castro, Francisco de Castro, Federico de Castro.

IX—Otra id, en la que se lee :

Al ilustre y modesto General RAFAEL REYES, que viene adornada con multitud de tarjetas.

X—Dos muy elegantes coronas de peluche, con adornos de oro y brillantes, la una obsequiada en nombre de varios caballeros, y la otra del señor Aurelio González B.

XI—Una corona graciosamente adornada con el escudo francés, del señor Víctor Huard.

XII—Un elegante ramo de laureles y palmas, del señor Kalbreyer y su señora esposa.

En fin, un sinnúmero de objetos de arte, de exquisito gusto y de adecuado simbolismo, cuya lista sería interminable, y multitud de coronas con diversas inscripciones en vistosas bandas bordadas de oro.

La casa del General REYES es un verdadero rico Museo ; medallas, retratos, coronas, millares de tarjetas de felicitación, etc. Allí se han dado cita, para felicitarlo, el Ilustrísimo señor Arzobispo con su Secretario ; el señor Delegado Apostólico con Monseñor Sibilia ; los Reverendos Padres Jesuitas, los Reverendos Padres Salesianos, los Reverendos Padres Candelarios, los Reverendos Padres Dominicanos y Franciscanos y todo el Clero de la capital ; más de 500 jóvenes en representación de la juventud nacionalista é infinidad de caballeros de distintas denominaciones políticas, de todo estado y condición, y un considerable número de damas, gala y adorno de esta sociedad.

Bien se comprende que hay en todas estas manifestaciones un reconocimiento expresivo del verdadero mérito, que el héroe ha sabido apreciar agradecido ; pero ha de saberse que ni por un momento la vanidad ha logrado dominar ese noble carácter, hecho para las grandes empresas y accesible para todas las ternuras. Sencillo, modesto y afable, tiene su semblante la misma expresión de agrado para con el personaje conspicuo como para el rústico labrador ó el soldado raso, que á la vista de su glorioso Jefe recuerda las dianas del triunfo y le presenta, con elegante desembarazo, su saludo militar.

INFORME SOBRE LA CAMPAÑA DE 1895.

Yeguas (Río Magdalena), Abril de 1895.

Señor Ministro de Guerra.

Cumplo con el deber de dar, por el conducto de Su Señoría, al Excelentísimo señor Vicepresidente de la República, cuenta de mis labores como Jefe de operaciones en los Departamentos de Cundinamarca, Tolima, Costa Atlántica, Santander y río Magdalena; de lo que estimé conveniente hacer cerca del Gobierno venezolano y de mi misión pacífica en Antioquia.

CUNDINAMARCA.

El 28 de Enero, á las once de la noche, salí de Bogotá, con dos Ayudantes con el objeto de atacar las fuerzas del General revolucionario Siervo Sarmiento, quien con setecientos hombres había ocupado el 27 á Facatativá y quemado el puente del Corso, de la línea férrea. A las cuatro de la mañana llegué á este último punto, de donde marché á caballo á Facatativá á incorporarme á cuatrocientos cincuenta hombres de fuerza colecticia que tenían allí los Generales Tribín, Valderrama y Duarte, á quienes Su Señoría tuvo á bien poner bajo mis órdenes. Reorganicé esa fuerza, formando con ella una División de la cual hice Jefe al General Juan N. Valderrama y Jefe de Estado Mayor al entonces Coronel M. Neira. La Jefatura del Estado Mayor general quedó á cargo del General Adriano Tribín.

Dejé al General Duarte con cien hombres guardando la plaza de Facatativá, y con el resto de la fuerza avancé sobre el enemigo, cuyas posiciones comprendían desde la casa de "Botello" hasta coronar el primer contrafuerte del alto de "La Tribuna."⁴

La vanguardia la tomó el regimiento de caballería comandado por el Coronel Daniel Pardo, y constante de dos escuadrones, uno á órdenes del Coronel Miguel Amaya, y otro á las órdenes del Comandante José María Hernández.

Ordené el ataque haciendo marchar por el flanco izquierdo al General Valderrama con el Coronel M. Neira y el "Batallón *Caro*" que mandaba el Comandante Pedraza, por el flanco derecho al General Tribin, reservándome el centro para atenderlo personalmente.

El ataque principió simultáneamente con igual vigor y tenacidad á las ocho de la mañana del día 29. A pesar de que el enemigo estaba emboscado y ocupaba las alturas, no se vaciló un momento, y á las diez a. m. éramos dueños de la formidable posición de "La Tribuna." A la misma hora, en ataque atrevido, tuvimos cortado al enemigo, pues avanzamos hasta cerca del "Aserradero," y si hubiéramos tenido cincuenta hombres, no se nos escapan sino decenas de los adversarios; pero no teníamos allí más que diez hombres disponibles, lo que advertido por el enemigo, lo animó á intentar un ataque para recuperar sus posiciones del alto de "La Tribuna:" hubimos entonces de retirarnos para defenderlo con grande energía.

El enemigo atacó vigorosa y tenazmente hasta la una de la tarde, hora á la cual se declaró en completa derrota. En este último encuentro estuvimos en medio de los Jefes revolucionarios, quienes fueron los últimos en retirarse, haciendo fuego; nos fue imposible perseguirlos, porque tampoco pudimos reunir cincuenta soldados en tales momentos. Los restos de la fuerza del General Sarmiento huyeron para Ambalema.

El día 30 ocupamos á Villeta, y el 31 llegó nuestra vanguardia á Honda. Inmediatamente nos pusimos en comunicación con los Generales Sarmiento (F.) y Gallego y los entonces Coroneles Herrera y Torrente, quienes con tanta gallardía habían defendido el puerto de Yeguas.

TOLIMA.

No teniendo noticias del bajo Magdalena, permanecimos en Honda hasta el 5 de Febrero, que supimos que el General Diego de Castro estaba á bordo del vapor *Hércules*, y anunciaba que en la Costa no había habido pronunciamientos; que el General Abraham García evitó el de Puerto Berrío, que tuvo lugar más tarde, y que salvó los vapores que allí estaban. Esta situación nos permitió movernos sobre Ambalema el día 6, con trescientos hombres, después de dejar convenientemente guarnecida la plaza de Honda con fuerzas allí levantadas y las que tenían los Jefes de Yeguas yá nombrados, y de haber formado un cordón de bayonetas desde esta ciudad hasta Facatativá, en las poblaciones de Guaduas, Villeta Agualarga y caseríos del tránsito.

Ordenamos al General Clímaco Silva que avanzara hasta Chumbamuy por el camino de Cambao, partiendo de Facatativá. Era nuestro plan rodear al enemigo, que sabíamos estaba en Ambalema en número de mil doscientos hombres.

En la noche del día 6 hicimos la marcha de Honda á Ambalema, á donde entramos en momentos en que el enemigo acababa de pasar á Beltrán, al otro lado del río. En ese mismo día tuvimos una conferencia con el General revolucionario Siervo Sarmiento, y honrada y francamente, como se hace entre caballeros, lo impusimos de cuál era su situación: de que ni en Bogotá había habido pronunciamientos, ni en el resto de la República, hasta entonces, excepto Ubaté y Boyacá; de que estaba rodeado

por nuestras fuerzas, y que no le quedaba otro camino que entregarse. Le ofrecí la capitulación ya conocida, se firmó, y el día 9 recibimos las armas y municiones en Chumbamuy, y despaché para Bogotá, con orden de llegar ese día á Facatativá, como se hizo, las fuerzas de mi mando aumentadas el mismo día con dos batallones que me había mandado de Ambalema el General Casabianca, y la División del General Clímaco Silva.

Nosotros regresamos á Yeguas con dos Ayudantes, y allí llegamos el día 13. La plaza de Honda ya bien guarnecida quedó á cargo del Coronel Neira, á quien nombramos Jefe Civil y Militar. Hicimos luego rumbo hacia la Costa, y designamos para Jefe de Estado Mayor general al General Abraham García y para Jefe de la flotilla al General Diego de Castro.

En diez días anduvimos con las fuerzas de mi mando ochenta leguas, ganamos una batalla, rendimos mil doscientos enemigos, organizamos mil hombres entre Agualarga y Honda, tomamos tres vapores, despejamos la navegación del alto Magdalena, y despachamos para Bogotá dos mil soldados.

RÍO MAGDALENA.

En obediencia de órdenes directas del Excelentísimo señor Vicepresidente, emprendimos marcha el 13 de Febrero con los Generales Abraham García y Diego de Castro, con la fuerza que comandaba el Coronel Moisés Herrera, á quien, en uso de las autorizaciones que me comunicó Sn Señoría, ascendí á General por su brillante comportamiento, lo mismo que á los Coroneles Leopoldo Torrente y Carlos Cuervo Márquez.

El 14 llegamos á Puerto Berrío y nos pusimos en comunicación telegráfica con el señor Gobernador de Antioquia y con el entonces Coronel Gamboa, digno Jefe del "Junín;" el Departamento estaba tranquilo y formando batallones, de los cuales algunos—los del Sur—ya los habíamos dejado entrando á Honda. Allí se embarcó el entonces Coronel Berrío con el Batallón "Antioquia," de doscientas plazas.

Tocamos en Bodega Central el 15 y telegrafiamos de allí al Gobernador de Santander, señor General Santos, preguntándole cuál era la situación de su Departamento y ofreciéndole fuerzas de las que llevábamos. Como ni allí ni en Puerto Nacional obtuviéramos contestación, dejamos en este último punto, con orden de seguir á Ocaña, y de tal ciudad á donde dispusiera el General Santos, al General Herrera con doscientos hombres, cuyo Jefe era el Coronel Benjamín Silva.

Continuamos la marcha. El 16 ocupamos á Magangué y supimos que los rebeldes Lugo y Prestán, con cuatrocientos hombres, devastaban las sabanas de Corozal. Dejamos trescientos hombres al mando del General de Vivero, del General Olaciregui y del Coronel Ambrosio Hernández, y les ordenamos inmediata marcha. Tenían que recorrer á pie, para llegar á donde estaban Lugo y Prestán, sesenta leguas de sabanas ardientes y faltas de agua.

En Calamar, á donde llegamos el 17, nos esperaba una Comisión de Cartagena; y conferenciamos con el Gobernador, D. Enrique Román, quien había hecho prodigios: en quince días armó á Antioquia, Santander, Magdalena, Panamá y Cauca y á algunos Departamentos proveyó de dinero; envió cuantiosos fondos para traer más armas y municiones, y ayudado de los Generales Palacio y de Castro y de los patriotas Amaya,

Vélez, Insignares, Carbonell, Gerlein, Posadas, Castros, Palacios, etc., etc., había montado una poderosa flotilla de guerra. Nos informó que en la Costa estaba al estallar la revolución, y que aunque se habían organizado algunas fuerzas, era necesario levantar más el entusiasmo y dar firme y seria organización al Ejército. Aplaudió la previsión del señor Caro al enviarnos á la Costa en tan críticos momentos.

Esa misma tarde llegaron varios comisionados de Barranquilla á saludarnos; entre ellos venían el General Francisco J. Palacio, el Dr. Francisco Insignares y otros. Los invitamos á ir á Cartagena á visitar la tumba del extinto Presidente Dr. Núñez, el fundador de la Regeneración. Partimos esa misma noche, y á las siete a. m. del día 18 fuimos recibidos con magnificencia regia por la ciudad de las hermosas tradiciones. Todas las coronas de flores—cuyo número era incalculable—que las bellas hijas de la heroica Ciudad nos obsequiaron, las colocamos como tributo de admiración sobre las tumbas venerandas de Núñez y Briceño.

Revisamos los cuarteles, inspeccionamos el parque, y cuando nos disponíamos á pasar allí la noche, recibimos telegrama del General Santos, á las cuatro de la tarde, anunciándonos que una fuerte invasión venezolana había pasado el Táchira y ocupaba á Cúcuta. Inmediatamente dictamos las disposiciones necesarias para la organización de mayor número de soldados en Cartagena, é invitamos al Gobernador á acompañarnos á Barranquilla á terminar el arreglo de las tropas de Bolívar y del Magdalena.

A las cinco p. m. dejamos á Cartagena; á las once p. m. estábamos en Calamar de donde ordenamos la marcha inmediata del Coronel (hoy General) Berrío con el Batallón de su mando y de las fuerzas del Magdalena á cargo del General Montero, á incorporarse á las del General Moisés Herrera, prometiéndoles que antes de cuatro días los alcanzaríamos en La Cruz, más allá de Ocaña, como en efecto sucedió.

A las doce p. m. seguimos para Barranquilla con el Gobernador Román, el General García, nuestro segundo, y dos comisionados de Cartagena y Barranquilla y con la flotilla á órdenes del entusiasta y patriota General de Castro. El día 19 entramos á la comercial y rica reina del Magdalena; nuestros amigos personales y políticos nos hicieron espléndido recibimiento, y nosotros nos pusimos á trabajar con entusiasmo: organizamos el Ejército de Bolívar para elevarlo hasta cinco mil hombres; nombramos Comandante general, y Jefe de Estado Mayor general, respectivamente, á los valerosos defensores de Cartagena en 1885, Generales Francisco J. Palacio y Elías Rodríguez. Despachamos á Caracas, en comisión especial cerca del Gobierno del General Crespo, al Coronel D. Dionisio Jiménez, con una nota nuestra, en la cual preguntábamos qué actitud tomaba el Gobierno venezolano con respecto á la bárbara y salvaje invasión y significábamos que iríamos á esperar la respuesta á la frontera del Táchira, en donde cumpliríamos también las órdenes de nuestro Gobierno. De esta nota envié copia al señor Ministro de Relaciones Exteriores. Dictamos un decreto para organizar la manera como debía hacerse el servicio de las Compañías de navegación á vapor y de Ferrocarriles, las cuales han sido en su mayor parte hostiles al Gobierno. De este decreto que incluyo entre los documentos anexos á este Informe, enviamos oportunamente una copia al señor Ministro de Gobierno. Llamamos por telégrafo á los Generales Lázaro Riascos, Gobernador del Magdalena, y José María Campo Serrano, para celebrar una conferencia en Remolino, con el

objeto de organizar el Ejército de tal Departamento, y les pedimos que embarcaran para Santander las fuerzas que estuvieran listas.

A las nueve de la noche del 19 estábamos prontos para salir de Barranquilla; ordenamos al General Palacio que nos acompañara al vapor en que emprendíamos marcha, y allí le preguntamos si él nos respondía de la plaza de Barranquilla, si retirábamos el Batallón veterano *La Popa*, que hacía la guarnición: era la única fuerza de línea que podíamos llevar al Táchira, y deseábamos al propio tiempo extremar la situación, á fin de que nuestros copartidarios de Barranquilla se armasen y formaran cuerpos de cívicos. Con la energía y fortaleza de ánimo que distinguen al General Palacio, nos contestó: "El lance es muy arriesgado, pero mientras viva, defenderé á Barranquilla." Contábamos con esto y con el patriotismo y valor de los barranquilleros, y ordenamos al General Palacio que esa misma noche embarcara todos los veteranos que hubiera en la plaza; que al día siguiente formara un Batallón de cívicos de quinientas plazas; le ofrecimos enviarle cien hombres del cuerpo de igual naturaleza formado en Cartagena (llegaron al siguiente día) y le ordenamos que nos diera cuenta á Calamar del modo como ejecutara estas instrucciones.

No nos habíamos equivocado: en Calamar recibimos aviso del General Palacio de que estaba organizado el "Batallón Cívicos," de quinientas plazas, y entre sus soldados figuraban millonarios y banqueros, como D. Pedro Noguera, D. Evaristo Obregón y D. Eugenio Jiménez: honor á estos patriotas.

Pocos días después las fuerzas colecticias de Barranquilla, á órdenes del veterano General Elías Rodríguez, derrotaban en sangriento combate en Baranoa á cuatrocientos rebeldes.

En Remolino encontramos á los patriotas Generales Campo Serrano y Riáscos y á Manjarrés con trescientos hombres, que despachamos para Santander. Organizamos el Ejército del Magdalena para elevarlo hasta tres mil hombres (3,000), y nombramos Comandante general al General José María Campo Serrano. Seguimos para Calamar, en donde encontramos á nuestro amigo el General Joaquín F. Vélez, quien venía nombrado Jefe Civil y Militar de Bolívar, por renuncia irrevocable del diligente Gobernador Román.

Combinamos con el General Vélez el plan de campaña sobre Santander, en lo que tocaba al río Magdalena, el servicio de la flotilla, la defensa de la Costa, y le ofrecimos poner á sus órdenes, como lo hicimos al entrar á Santander, el Ejército de Bolívar. El General Vélez, como los Generales Palacio, Campo Serrano, Riáscos y Rodríguez, han hecho prodigios de energía y patriotismo.

Salimos de Calamar el 20; visitamos todos los caseríos y poblaciones ribereñas, y con satisfacción notamos que había prendido el fuego sagrado del patriotismo, y una vez más aplaudimos la previsión del Excmo Sr. Caro al hacernos venir á la Costa.

El día 23 desembarcamos en Puerto Nacional y pusimos las fuerzas de Bolívar á órdenes del Jefe Civil y Militar, General Vélez. En diez días habíamos recorrido con las fuerzas de nuestro mando, ayudados por el vapor, trescientas ochenta leguas, organizado dos Ejércitos, y movilizado el que llevábamos para Santander, que montaba á tres mil hombres, y despachado un Comisionado á Caracas con el objeto de poner en claro el insulto hecho al honor nacional.

Pisamos tierra en Puerto Nacional el 23 de Febrero. Allí nos dejó el *Montoya*, y nosotros emprendimos marcha por un fragoso camino de diez y seis leguas hasta Ocaña, á donde llegamos con dos Ayudantes á las diez de la noche. Conferenciamos por telégrafo inmediatamente con el patriota y eficaz General Santos, quien tenía tres mil hombres organizados. Concertamos nuestros movimientos para incorporarnos y el plan de campaña.

Ordenamos la marcha de nuestras fuerzas, encargando de este pesado trabajo al General Abraham García. Algunos Jefes y Oficiales tuvieron que marchar á pie durante la penosa campaña de Santander.

Avanzamos á marchas forzadas con nuestros Ayudantes á encontrar las fuerzas de Santander, de las cuales nos dimos á reconocer como Jefe en el caserío de Cachirí el día 1.º, reorganizándolas y ratificando el nombramiento de Jefe de Estado Mayor, hecho en el General Alejandro Peña Solano por el General Santos. Allí estrechamos las manos de los patriotas y valerosos Generales Mariano Tobar, Ricardo Lesmes, Gallo, Carreño, Valencia y Hernández, y más adelante las de los no menos denodados y patriotas Generales Mutis, Vicente Villamizar, Lizarazo, González V., Canal, Aguilera, y las de los Coroneles Olegario Ortiz (hoy General), Santos, Villamizar, etc., etc. Alentamos á los soldados é impusimos á todos de la necesidad de marchar sin pérdida de tiempo en persecución del enemigo, de día y de noche. Así lo hicimos á través de ardientes y mortíferos valles, de helados páramos y de fragosas montañas. Hubo marchas de veintidós horas continuadas, y en Bochalema nos vimos obligados á hacer frotar los pies de los soldados con sebo caliente para que pudieran resistir la jornada, y en Pamplona se hizo otro tanto, observando luégo que las tropas que tal hicieron fueron las que alcanzaron á combatir en “Enciso,” y que es indispensable ejercitar constantemente á nuestros veteranos en estas marchas forzadas y á sufrir las inclemencias de nuestros variados climas.

En “Hato-Viejo,” á cuatro leguas de Cúcuta, á donde llegamos el 8, supimos que el enemigo, al saber nuestra aproximación, había marchado en busca de los revolucionarios de Boyacá. Ordenamos entonces que el General Manjarrés, con la fuerza del Magdalena, ocupara la plaza y Provincia de Cúcuta, y enviamos al nunca bien sentido Coronel Julio Vieco para que entrara solo á San José; así lo hizo, y luégo se nos incorporó para morir en “Enciso.” Al Coronel Vieco lo reemplazó en Cúcuta el Coronel Numa P. Noguera, quien también entró solo á San José, en donde presta importantísimos servicios.

Emprendimos marcha por las abruptas montañas de Bochalema. El entusiasmo de las tropas era tál, que para dar á Su Señoría una idea de él, creo conveniente apuntar, entre otros, el siguiente episodio: Una guerrilla de rebeldes de cien hombres se emboscó en las selvas vírgenes de aquellas regiones; ordené al General Francisco Polanco y al Mayor Alejo Rubio que con diez soldados despejaran la vía; hubo un encuentro, pelearon durante dos horas sin que el Ejército se preocupara de esta escaramuza, les mataron algunos hombres á los guerrilleros y pusieron á los demás en vergonzosa derrota. Estaba, pues, demostrado que se podía vencer tropas en mucho superiores á las nuestras, y era preciso llevar este

convencimiento al ánimo de los soldados, porque se nombraba á los invasores como á seres sobrenaturales armados de armas diabólicas.

Al fin, el 15 de Marzo, á las cinco y media de la madrugada, se rompieron los fuegos sobre el enemigo en "Enciso." El parte detallado del Jefe de Estado Mayor general, anexo á este Informe, dará á Su Señoría razón pormenorizada del sangriento combate.

El General Abraham García, despreciando la fiebre amarilla, ocupó á Cúcuta para reforzar con quinientos hombres las fuerzas del General Manjarrés. Dichos quinientos hombres forman la columna "Carlos Holguín," al mando del General Foliaco, quien, con el General González, fue vencedor de Lugo y de Prestán.

Adjuntos á este Informe hallará Su Señoría copias de los decretos dictados sobre administración del Ferrocarril de Cúcuta, tomado al enemigo, y sobre circulación en aquella Provincia del billete del Banco Nacional.

Entramos á Bucaramanga el 22 de Marzo, y los patriotas santandereanos nos colmaron de obsequios y de homenajes. Santander es un gran pueblo: sobrio, laborioso y valiente hasta el heroísmo.

Reorganizamos las fuerzas de Santander, dejando la cuarta División en Bucaramanga á órdenes del General M. Tobar, y la columna "Carlos Holguín" de guarnición en la frontera; y ordenamos el licenciamiento de las fuerzas colecticias, la conveniente recolección de armas y municiones, y la marcha á Antioquia, Bolívar y Magdalena de las fuerzas sacadas de esos Departamentos, la cual se ha efectuado ya.

En Bucaramanga recibimos el 31 de Marzo el telegrama del Excelentísimo Señor Vicepresidente de la República, en el cual nos transcribe el cablegrama de nuestro Cónsul en Filadelfia, relativo á la fuerte expedición liberal que con tiradores *yankees* había salido con rumbo á Santa Marta. En el momento mismo que lo supimos lo comunicamos á los Generales Joaquín F. Vélez y Palacio, y les ordenamos que se prepararan para todo evento, en la seguridad de que nosotros estaríamos á tiempo de acompañarlos en el combate. También recibí en la noche de ese día un telegrama, en el cual me anunciaban el pronunciamiento de Puerto Berrío encabezado por el traidor Parra. En la madrugada siguiente salí de Bucaramanga, y en dos y medio días estuve en el Magdalena, en donde debía resolver á dónde acudiría. Supe que la expedición de Filadelfia no era para nuestras costas, y entonces me dirigí sobre Puerto Berrío, preparado para hacer campaña en Antioquia con dos mil hombres. En Puerto Wilches tuve noticia de que todo había terminado, y di gracias á Dios porque no consintió que se derramara más sangre colombiana.

En Medellín ordené que al traidor Parra se le siguiera Consejo de Guerra, que hube de suspender, como lo verá Su Señoría en las notas que acompaño en copia.

En quince días se hizo la campaña de Santander; se hizo una marcha de ciento treinta (130) leguas á través de los valles del Zulia, del Catumbo y Sardinata, de las montañas de Bochalema y de los páramos de Mogorontoque y Santurbán.

VENEZUELA.

Resolví no dejar á Santander hasta no recibir la contestación del General Crespo á la nota de que se hizo mención ya. En la frontera estaba encargado mi segundo, el General García, de recibirla y darme cuenta de todo: así lo hizo. La anterior conducta del Gobierno venezolano y la contestación que dio (también figura entre los documentos) satisfacen el honor del país.

ANTIOQUIA.

Al llegar á Puerto Berrío, el día 7 de Abril, creí de mi deber ir á Medellín á trabajar por la unión del Partido Nacional, en verdad y en justicia, y así lo verifiqué. Se me recibió por todas las clases sociales, desde las campesinas hasta las más dignas matronas, y desde los labriegos hasta los millonarios, con el más loco entusiasmo y con cariño que agradezco profundamente. Acabé de apreciar este pueblo del rudo trabajo y de la cristiana familia, que con abrumadora mayoría se pronunció por el sostenimiento de las actuales instituciones y por franco y decidido apoyo al Gobierno nacional. Se proclamó al Excelentísimo Señor Vicepresidente como fundador de la verdad y de la sinceridad en la política de nuestro país, y me despedí del Ejército antioqueño con la proclama que verá Su Señoría entre los documentos, la cual leí en la plaza principal de Medellín delante de millares de personas, que la oyeron y aplaudieron entusiastas.

Durante mi permanencia en Medellín, me entendí con todos los copartidarios influyentes de las poblaciones del Departamento: por los telegramas que Su Señoría verá publicados en hojas volantes, comprenderá Su Señoría que ha quedado en Antioquia reintegrado el Partido Nacional. Quiera Dios que no reaparezca la división.

Al llegar á esta ciudad solamente con mis compañeros de armas y de fatigas, Generales Floro Moreno, Pedro J. Berrío, Diego de Castro y Mariano Ospina Ch., y tres ó cuatro Ayudantes más, que ya están pasaportados, doy á Su Señoría las gracias por el honroso nombramiento que me hizo, reconozco que si fatigas y sufrimientos tuvimos mis compañeros y yo en las marchas, mayores y mucho más ingratas han sido las del Excelentísimo Señor Vicepresidente y las de Su Señoría, en cuyas manos resigno el mando con que me invistieron.

Por demás es decir que mi persona y mis intereses están absolutamente á las órdenes del Gobierno.

En el libro respectivo verá Su Señoría en qué forma hice uso de la facultad que me delegó de conceder grados y ascensos militares.

Dios guarde á Su Señoría.

RAFAEL REYES.

EL SEÑOR GENERAL D. RAFAEL REYES.

Asunto vario había dado ya á las plumas colombianas, antes de estallar la última revuelta, la brillante carrera del señor General D. RAFAEL REYES, y son de verse los periódicos (1) y hojas volantes que narraron, al terminar la revolución de 1885, sus intrépidas labores en las selvas del Brasil, sus hazañas guerreras en el Cauca y su célebre expedición por el Pacífico á Panamá. Y la musa colombiana, fecunda siempre ante las glorias de la Patria, le cantó al verlo surgir con talla romana de las aguas del Amazonas, desafiar las iras del Océano en desvencijada nave y aparecer luego en Colón cubierto de gloria.

Después de espigar con el debido cuidado en el campo que la prensa admiradora de REYES ofrece al escritor, hemos dividido este trabajo en las cuatro partes principales que constituyen, á los ojos de todo observador, la preciosa vida de REYES: el tiempo corrido desde la infancia hasta 1885; la revolución que ensangrentó al país en aquel año; la paz que á ésta sucedió, y la última revuelta, en la que á REYES tocó—Dios lo permitió así, en beneficio de Colombia y del Héroe—dar el primero y el último golpe.

Prendas inapreciables del genio del General REYES, que no le niegan sus adversarios políticos, ni le pueden escatimar sus émulos, si acaso los tiene, son su fe religiosa, pura, sencilla y práctica; su probidad intachable; la magnanimidad y nobleza de sentimientos; una actividad verdaderamente extraordinaria; valor y coraje como el de los héroes cruzados, y un patriotismo tan amplio y acendrado, que con legítimo orgullo puede presentarse de modelo á la juventud colombiana.

(1) Entre los órganos de la prensa nacional ocupa *El Orden* señalado puesto en cuanto mira al sentimiento de admiración y gratitud de que es deudora toda pluma noble al señor General REYES. En sus columnas han aparecido varios escritos que dan testimonio de ello, y la extensa biografía que corre en el número 175, de 8 de Febrero de 1890, trabajo concienzudo, donde, junto con la fidelidad de la exposición, se observa el acierto con que juzga los hechos, y el legítimo entusiasmo que en conceptos brillantes comunica el autor á sus lectores. Háse honrado también aquel periódico con producciones de la galana pluma de REYES, inspirada siempre por generosos propósitos, y sobre todo, por ese amor patrio que, cual sacra llama, mantiene encendido su grande alma, así en las épocas bonancibles, como en la arena del combate.

Así no es labor difícil rastrear, á falta de noticias directas, cuáles fueron los primeros años de REYES en el paterno hogar y el desarrollo de su juventud vigorosa y lozana, á la manera que el matemático, poseedor de un procedimiento seguro, como el de lo infinito, halla los elementos que engendran á las magnitudes geométricas. La figura con que hoy REYES se nos muestra es reflejo inequívoco de su educación temprana. Ella nos lleva á contemplarle en el regazo materno, donde el hombre recibe, al calor del cariño, la fe que le salvará del naufragio en el agitado mar del mundo, y vigoriza su corazón con los delicados resortes del sentimiento cristiano; ella nos muestra que, lejos de la indolencia que enerva y del vicio que agosta y degrada, REYES amó la virtud, supo cultivar, como plantas que más tarde habían de dar valioso fruto, las aspiraciones generosas de su alma, y que, aprestado con las armas de varón cristiano, dio principio á las luchas de la vida, en arena proporcionada al prodigioso desenvolvimiento de su destino.

Raras veces el alma, que, como decía el gran Leibnitz, es el espejo del Universo, encuentra en la naturaleza, en situaciones determinadas, armonía entre ella y las condiciones externas necesarias al acertado ejercicio de su actividad. De ahí que el genio, atormentado á veces en horizonte estrecho, anhele cielos amplios donde espaciar con libertad sus alas. REYES, infante todavía, sale del hogar y combate por su causa hacia el año de 1862, en Sotaquirá, y diez años más tarde, en 1872, llevado por su espíritu emprendedor, aparece en París, y allí, como otro Bolívar en el monte "Aventino," su patriotismo se enciende al recuerdo del nativo suelo, y brota grandilocuente en un célebre brindis pronunciado el 20 de Julio de aquel año. (1)

La riqueza y hermosura de nuestra zona, magistralmente cantadas por Andrés Bello, admiran al viajero, estimulan la actividad de todo corazón esforzado y le convidan á labores fecundas. Ningún campo mejor que éste—cuando gran parte de nuestra juventud soñaba engañada con funestos ideales ó con falsas teorías filosóficas—para satisfacer con hartura la sed de trabajo grandioso que atormentaba á REYES, para revelarnos la carrera á que Dios le llamaba, y para brillante ejemplo de lo que es capaz el joven colombiano cuando sabe amar á Dios y á la Patria.

En busca de ese campo, que REYES contemplaba en la región meridional de la República, como venero inagotable de riqueza y de prosperidad para Colombia, se agita en diversas correrías, y al fin le vemos penetrar, á la cabeza de numerosa colonia, en las selvas centenarias del Caquetá y del Putumayo, donde la Fauna y la Flora, llenas de vigor, como en los tiempos primitivos, oponen resistencia tenaz á la acción civilizadora del abnegado explorador. Al hollar con su planta esa naturaleza virginal y magnífica, debió sentirse REYES dueño de sí mismo y respirar con libertad heroica las auras de la montaña. Allí los árboles corpulentos, los ríos caudalosos, el variado concierto de las aves, la esplendidez del cielo, arrancaron á su alma acentos de admiración, y, fiel á la fe del hogar y

(1) De este discurso habló *El Americano*, haciendo elogio de su autor, quien entonces veía á Colombia sumida en la anarquía. Compréndese que la libertad que inflamaba el corazón del joven REYES no era la libertad demagógica, ideal infortunado de los redactores de aquel periódico.

acorde con la razón que ve á Dios tras los velos del mundo sensible, se postró ante el Criador, poseído de reconocimiento, y dióle gracias porque le permitía contemplar aquel imponente espectáculo.

Arrostrando en 1875 innumerables peligros, pero sin desmayar nunca, exploró en frágil barca, para la navegación por vapor, las aguas del Putumayo, y diez meses después sus buques de vapor las surcaban, con espanto de las tribus bárbaras que vegetan en las vastas soledades que baña aquel caudaloso afluente, para entrar luego con majestuosa carrera en las corrientes del Amazonas. Nada comparable á este triunfo del atrevido navegante, y si la poesía le canta, sereno y potente en la batalla, luchando por la causa de la justicia y del orden, parécenos no menos grande al contemplarle de pie sobre la popa del buque saludando al ruido del cañón al rey de las aguas. El mismo nos da una hermosa idea de este acto solemne en las siguientes líneas :

En la mañana del 21 de Noviembre (1875) flotó por primera vez la bandera colombiana en el Amazonas. ¡ Con cuánto júbilo, con cuánto entusiasmo la saludé!..... A las ocho de la mañana la lancha (de la marina imperial brasilera), á órdenes del caballero inglés Alfredo Simson, levó anclas y á todo vapor penetró majestuosamente en el Putumayo. La despaché adelante á preparar combustible para los otros dos vapores. El 30 del mismo mes el vapor *Santacruz*, al mando del brasilero señor Francisco Fúrtado, siguió las huellas de la lancha ; nuevo regocijo, nuevo saludo á la bandera de la Patria.

Entre tanto, los diarios de Manaos y del Pará, informados de la partida de los dos vapores, saludaron á Colombia, haciendo votos porque pronto el Brasil pudiera estrechar la mano de la vecina República y futura amiga sobre las aguas del Amazonas.

En fin, el 16 de Enero (1876), tocó su turno al vapor *Tuidama*, mandado por el señor Gabriel Pinedo, de Mompós, en el cual seguía yo. Dejámos el puerto de Tonantins en medio de hurras y gritos de entusiasmo de los brasileros : resonó una salva de cañón saludando nuestra bandera, que en la popa del buque se agitaba fuertemente : en la proa flotaba la brasilera, puesta por cortesía. Penetrámos en el Putumayo : el desierto que, meses antes, había atravesado en una pequeña canoa, con mil incomodidades y peligros, iba á pasarlo ahora en un cómodo buque que me llevaría en alas del vapor. Diez meses hacía que había aparecido en aquel mismo lugar, enfermo y desconocido, y con un proyecto cuya realización me quemaba el cerebro : el proyecto estaba realizado, y me acercaba á mi Patria, ofreciéndola un nuevo teatro para su engrandecimiento : me sentía satisfecho. En verdad, había sufrido y luchado ; los intereses de la casa comercial "Eliás Reyes & Hermanos" se habían sacrificado en gran parte, pero mis esfuerzos quedaban coronados, y mi palabra, empeñada á la Compañía que me encargó de esta empresa, y al Brasil, que está en expectativa del resultado de ella, se cumplía. El vapor aumentó su carrera, y me despedí del Amazonas, que luego perdí de vista.

Mientras que REYES recibía en la opinión del extinguido Imperio del Brasil, manifestada por los principales órganos de la prensa (1), y en varios decretos del Emperador, claro testimonio de admiración y reconocimiento, Colombia, víctima en toda parte del azote radical, buscaba medios de salvación y se preparaba para sangrienta lucha. En tal situación, apenas se hablaba en nuestro país de las empresas que su preclaro hijo realizaba, aunque la explotación de quinas, no más, había de producir á su comercio diez millones de pesos. Sólo á *La Caridad*, periódico de imperecedera memoria, cupo el honor de ponderar las labores de REYES, y el de publicar, á la vez, un escrito suyo, en que con no menos fidelidad y galanura que Martius ó Humboldt, describe la selva amazónica (2), las costumbres de la tribu de los *Orejones* y su miserable condición. Allí el autor revela, además de esos sentimientos de magnanimidad y clemencia de que más tarde había de dar solemne ejemplo, su amor á la fe cristiana, única que puede civilizar á los pueblos.

(1) Citamos, entre otros periódicos de aquella Nación que tomaron parte en tan justo homenaje, á *O Liberal* de Pará, *Diario de Pernambuco* y *O Globo* de Rio-Janeiro.

(2) Véase *La Caridad*, número 23, de 30 de Marzo de 1876.

Sin dar REYES de mano á sus rudas faenas, ocupaba las horas de reposo, ora en escritos literarios, ora en trabajos científicos. Señálase entre estos últimos un mapa del río Putumayo, por él mismo levantado, y un excelente estudio sobre la hoya hidrográfica del Caquetá, destinado á hacer conocer los elementos de riqueza que contiene aquella zona privilegiada. La Sociedad Geográfica de París y la de Río-Janeiro, apreciando el alto mérito de estos trabajos, honraron á su autor con el título de miembro correspondiente.

Las variadas relaciones de comercio que REYES mantenía con las Repúblicas de América y con notables Casas europeas; el crédito ilimitado de que en todas partes gozaba, y el movimiento de vida y de progreso que llevó á cabo, venciendo con grandeza de alma y con firme constancia los obstáculos que turbaban su paso; todo ello concurre á que admiraremos, sin pretender esfumarlo, este heroico período de la vida de RAFAEL REYES, que ilumina, como estrella precursora de una mañana de otoño, los años posteriores de su carrera.

La revolución de 1885 había estallado, y el Estado del Cauca ardía yá en furor bélico. Habíase librado el glorioso combate de Sonso, cuando REYES, escapándose á la vigilancia de los rebeldes, vuela lleno de ardimiento al campo de Payán, quien le nombra Comandante general de la 4.^a División. A la cabeza de valerosos soldados emprende REYES la persecución del traidor Márquez, á marchas forzadas y venciendo los mayores peligros. Llega al río Cauca, y como no halla embarcaciones, se lanza por entre los fuegos enemigos á la corriente en débiles balsas construídas de improviso, salta salvo á la opuesta orilla, obliga con su bravura al enemigo á que abandone el puesto, y con la rapidez del rayo le alcanza y derrota, el 15 de Febrero de 1885, en el campo de Roldanillo. Con laureles, con ovaciones entusiastas y con una medalla de oro fue justamente honrado el héroe de esta célebre jornada.

Con todo, Roldanillo era sólo el principio de la campaña gloriosa que había de conquistar á REYES inmortal renombre. Unido al Ejército que comandaba el Presidente del Cauca, marchó á la vanguardia hacia Cartago, y el 23 de Febrero alcanzó, al lado de sus bravos compañeros, señalada victoria en "Santa-Bárbara," lugar donde en otro tiempo habían sufrido golpe mortal los defensores del orden.

Entre tanto, el Estado de Panamá era teatro de expediciones vandálicas y de inauditas atrocidades. Prestán y Pautrizelle, bandidos haitianos, habían prestado eficaz apoyo á la revolución en el Istmo, y reducido á cenizas la floreciente ciudad de Colón, donde muchas almas inocentes habían perecido abrasadas por las llamas. Era aquél un espectáculo horrible, en mucho semejante al que en tiempo de Tito presentó la Ciudad Santa, de modo que un poeta pudo exhalar, como otro Jeremías, sobre los escombros humeantes de la población istmeña, este doloroso gemido :

¿Cuál fue el grito, Colón, de tu agonía ?

Lo murmuran las trémulas mujeres

Que vagan fugitivas

Sin templo, sin alcoba, sin techumbre,

Sin luz en noche umbría,

Lívido el rostro, inquieta la mirada,

Hambrientas y mendigas.

Lo dice el aire fétido que esparcen

Las insepultas víctimas :

Lo repiten tus misereros escombros

Y el humo que respiras.....

El valeroso General Ramón Ulloa, Jefe de la escasa fuerza nacional en Panamá, reclamaba auxilios del Gobierno para vencer la rebelión pirática. El envío de estos auxilios era empresa sobremanera ardua, por falta de embarcaciones, y se necesitaba un hombre extraordinario, abnegado hasta el sacrificio y sereno ante las iras del Océano. Yá la historia de REYES bastaba á indicar que él era el llamado para llevar á cabo esta expedición famosa : el héroe del Putumayo y del Amazonas, habituado á domar el furor de las corrientes y de las tempestades, podía también enseñorearse del Océano, no como otro Nelson, en naves guerreras, sino con el poder de su genio.

Para llegar al puerto de Buenaventura, principio de su campaña marítima, REYES tenía que vencer poderosos obstáculos, entre los cuales no era el menor el sometimiento de los rebeldes que ocupaban el Dagua, vía obligada para el audaz expedicionario. Anhelante por acudir al socorro de sus compañeros en Panamá, todo lo domina, y el enemigo, aterrado por su bravura, le abre el paso del Dagua y se rinde á sus pies.

Con mirada más grandiosa que la de Balboa al divisar el Océano Pacífico, REYES, de pie en la ribera, hubo de saludar el campo peligroso é incierto de su nueva gloria. Apenas disponía para lanzarse al mar de una pequeña goleta y de la cañonera *Boyacá*, incapaces ambas para conducir su tropa, cuando de improviso se fijó en un pontón antiguo, *El Guayaquil*, desvencijado, cubierto de algas, ostras y caracoles, el cual, á causa de su enorme peso, yacía cerca de la playa destinado solamente á depósito de cargas. A su voz de mando fue atada con cables á la cañonera esta nave maltrecha, y sin detenerse ante el inmenso peligro que le amenazaba en semejante embarcación, el pito del vapor dio la señal de partida, y el 23 de Abril, cuando la noche cubría con su manto la inmensidad del mar y rugían las olas con pavoroso estruendo, la expedición estaba á bordo, las aguas abrían paso á las intrépidas naves, y REYES, en la popa, sereno, majestuoso, inspiraba valor y confianza á sus abnegados compañeros. Hubiera envidiado Virgilio esta realidad imponente cuando escribía su fábula inmortal.

Después de cinco días de azarosa navegación, el 28 de Abril, Panamá recibía con júbilo indecible la expedición caucana, y REYES era aclamado como el salvador del Istmo. Los resultados confirmaron este nombre : los rebeldes se rindieron, renació la paz, los ánimos enconados comenzaron á aplacarse ante la confianza que REYES inspiraba, y la justicia fue vengada

con aplauso general, que tuvo eco en la prensa extranjera (1), en el cadalso donde expiaron sus crímenes los jefes incendiarios de la ciudad de Colón. Terminada así esta homérica campaña, el héroe del Pacífico se preparó á continuar su expedición por el Atlántico, á fin de prestar eficaz protección á la Ciudad heroica, asediada por las tropas revolucionarias. Estas, sin embargo, no le esperaron, temerosas sin duda de su aproximación á las famosas murallas y de la actividad con que el inolvidable patriota, General Manuel Briceño, perseguía al ejército rebelde, y cuando REYES llegó á Cartagena, yá los sitiadores habían huído.

Reorganizadas las fuerzas radicales en Sabanalarga y Barranquilla, REYES, con el carácter de Jefe de Estado Mayor general del Ejército del Atlántico, nombramiento con que lo distinguió el Presidente señor Núñez, resolvió perseguirlas, pero ellas, abandonando sus posiciones, se constituyeron sobre el río Magdalena, utilizando seis vapores. El 16 de Junio ocupó á Calamar, punto ventajoso para el Ejército nacional, y se reunió con Briceño. La desnudez, el hambre y las fiebres hicieron aciaga la estancia de las fuerzas legitimistas en aquel puerto. REYES y Briceño, unidos y alentados por una misma fe política y por el más puro patriotismo, soportaban resignados aquellos males, y ambos tuvieron la gloria de rechazar, el 1.º de Julio, después de cinco horas de reñida pelea, á la fuerza revolucionaria.

Briceño no había de ver el fin de esta campaña. La muerte le arrebató el 11 del lado de su grande amigo y compañero de armas. A pocos días el ejército rebelde cambió de táctica y alzó su campamento. REYES, yá provisto de vapores, emprendió rápidamente su persecución, en el *Victoria* y el *Libertador*, cuyo movimiento seguían, en marcha victoriosa, el *Trujillo*, el *Antioquia*, el *Mariscal Sucre*, el *Rafael Núñez*, el *Magdalena* y el *Inés Clarke*. Nada pudo resistir al empuje de estas naves, y el 15 de Julio, al trueno del cañón, los buques enemigos *Confianza* y *Bismarck* y la draga *Cristóbal Colón* hufan velozmente, para rendirse luégo, con el *Isabel* y el *Montoya*, al valeroso Jefe legitimista, quien, gracias á su prodigiosa actividad, tomó en diferentes puntos cuantioso parque. Justo es reconocer la parte de gloria que en estos sucesos corresponde al General Santo Domingo; pero sólo al héroe de "La-Humareda," General Guillermo Quintero Calderón, tocó dar á la rebelión el golpe final.

En Septiembre de 1885 el General RAFAEL REYES hizo su entrada triunfal en Bogotá,

Bajo lluvia de flores
Y al estruendo de músicas marciales,

(1) El *Star & Herald*, de 12 de Mayo, decía con mucha exactitud:

"El sentimiento de justicia aún vive en la Nación colombiana, y ésta sabe medir el castigo según sea la falta cometida.

"No puede haber un solo hombre honrado en el Istmo que no sienta que el General REYES ha probado amar á su Patria al castigar con mano fuerte á los que intentaron envilecerla. Lo hemos dicho yá y lo repetimos en honor de Colombia: los autores y actores de aquel horrible drama del 31 de Marzo no fueron colombianos, fueron los innumerables bandidos que habitaban el Istmo, y á quienes se debe hacer saber por este hecho que sus crímenes no quedarán impunes.

"Todos los actos del Consejo de Guerra que condenó á los dos criminales fueron conformes con la ley militar. Las pruebas que había contra ellos eran todas convincentes. Un Fiscal nombrado había levantado la sumaria sobre el crimen de que se les acusaba, y las declaraciones de todos los testigos coincidían en todos sus puntos. No quedaba duda alguna: sobre ellos pesaba el crimen del incendio, y ellos han sido castigados debidamente."

merecido homenaje á sus hazañas y manifestación solemne de la gratitud nacional.

La Regeneración, esperanza de todas las almas generosas, debía mucho á la invencible espada de REYES, y como justamente lo estimó dotado de altas prendas y de doctrina sana para la reconstrucción política y civil de la República, para condenar los antiguos errores del liberalismo, y para encarnar en leyes sabias los fecundos principios de la libertad cristiana, le llamó á ocupar un puesto en el Consejo de Delegatarios, que se reunió en Bogotá el 11 de Noviembre de 1885.

La prensa nacional supo apreciar la gran figura del General REYES. *La Nación*, periódico de merecido crédito y gran circulación, escribió de él, en 1886, conceptos que hoy mismo, al terminar su heroica campaña, podemos reproducir en toda su integridad :

El General REYES es más que una persona ilustre y eminente : es un símbolo ; y es más que una gloria nacional, porque es la expresión viviente de una idea. Es símbolo de la suprema virtud del patriotismo, que á todo se resuelve, que todo lo avasalla, que no reconoce imposibles delante del deber, y que tiene el privilegio de triunfar, porque tiene su resorte en el amor al bien y su bandera en la justicia ; y es la expresión de una idea salvadora : la de la estrecha unión de todo el Ejército, de todos los patriotas que tienen en sus manos las armas de la República. Esta unión no solamente tiene su cimiento en la ley, en la disciplina y en la común participación en la vida de sacrificios del soldado ; lo tiene también en la comunidad de principios, entre los cuales, el primero es el amor á la bandera de la Patria, unido á la fidelidad que se debe al juramento prestado... ..

El General REYES, que sabe ser intrépido hasta la temeridad, é inteligente en los momentos de la lucha, sabe también ser conciliador en los días de calma y de reconstrucción : él comprende que la conciliación y la intrepidez son igualmente formas del patriotismo, así como la moderación ha de correr parejas con la energía. Pero tiene, además, el General REYES, entre sus muchas cualidades heroicas, una que es esencialmente humana—la primera de todas—y otra esencialmente civil ; esas cualidades son : la religiosidad y la modestia.

Sírvele la modestia para no envanecerse con los honores que se le tributan, la gloria que se le reconoce, y la grande estimación nacional de que es objeto. Y harto se comprende todo lo bueno de que es capaz el hombre público que, teniendo la conciencia de lo que vale, y de lo mucho en que es estimado, se mantiene con su modestia á la altura de todas las virtudes.

En el período de paz que sucedió á la guerra de 1885, la vida de REYES es modelo de virtudes públicas y de virtudes privadas.

Al instalarse el Cuerpo Constituyente, dio ejemplo de la firmeza de sus convicciones y de patriotismo cívico, cuando sin titubear propuso al debate de la Asamblea esta proposición, que fue aprobada con aplauso :

El Consejo Nacional de Delegatarios de los Estados,

CONSIDERANDO :

Que la pasada contienda doméstica volcó por entero el régimen constitucional de 1863 ;
Que ha venido á ser una necesidad suprema reconocida por todo el país, constituirlo sobre bases sólidas, según las tradiciones y hábitos nacionales y las enseñanzas de dolorosa experiencia ;

Que el ilustre ciudadano que rige los destinos de la Nación ha conducido éstos con rara habilidad y tino, durante la aciaga época que felizmente acaba de terminar,

RESUELVE :

- 1.º La Constitución de 1863 ha caducado ;
- 2.º El Consejo Nacional de Delegatarios de los Estados asume el carácter de Cuerpo Constituyente ;

3.º La misma Corporación aprueba todos los actos de la Administración nacional, motivados por la guerra intestina que concluyó hace poco; y

4.º Toma asimismo el Consejo ante la Nación y la historia la responsabilidad de llevar á cima con serenidad y energía el programa social, político y económico que ha de dar por seguro resultado la regeneración y engrandecimiento de la Patria. (Sesión del 12 de Noviembre de 1885).

En el curso de las sesiones, su clara inteligencia, sus preciosos conocimientos adquiridos en el manejo práctico del mundo, y sobre todo, su sincera religiosidad, por nadie disputada, cooperaron eficazmente á las labores del Consejo de Delegatarios. A REYES cupo la gloria de suscribir, como representante del pueblo caucano, la Constitución de 1886.

En Marzo de este mismo año partió para Europa, á fin de contratar un empréstito destinado á remediar la crisis económica del país. REYES llenó con inteligencia y honra la misión que el Gobierno le confió, y si no hizo la contratación proyectada, culpa fue de los que pretendían celebrarla á costa de la dignidad y del decoro de Colombia, que su eximio representante supo salvar.

A su regreso de Europa, REYES fue nombrado por el Presidente Núñez—que sabía escoger los hombres para los puestos públicos—Ministro de Fomento. Nada más acertado: sus servicios al país, su patriotismo, su amor al trabajo, su espíritu emprendedor, hacían á REYES digno de aquella distinción. El país fue testigo del modo como nuestro benemérito compatriota desempeñó ese alto puesto, y consta para honor suyo en el brillante informe que presentó al Congreso el 20 de Julio de 1888.

Can no menos lucimiento ocupó asiento en el Senado de la República desde 1890 hasta 1894. Las actas de esta Corporación dan múltiples pruebas de su elevado criterio y de su elocuencia en los debates parlamentarios. Siempre tomó parte en las cuestiones de interés público. Sin debilidad ni respeto humano—dolencias de que á veces no se escapan los grandes caracteres—manifestó sus profundas convicciones católicas, defendió los intereses de las comunidades religiosas y luchó por el adelantamiento de la enseñanza cristiana. Los Reverendos Padres Jesuitas, el Instituto Salesiano, los Padres Maristas y los Hermanos Cristianos han tenido siempre en el General REYES un amigo cordial y un ilustre abogado.

Estos títulos ha merecido también del Clero colombiano. En las pasadas sesiones del Congreso nacional, el General REYES presentó al Senado el proyecto de acto reformativo de la Constitución, cuyo pensamiento cardinal, desenvuelto luégo por el autor en dos importantes discursos, consistía en que el Legislador reconociese á los sacerdotes católicos los mismos derechos políticos de que gozan los demás ciudadanos colombianos. Veamos en los siguientes pasajes cómo defendió su proyecto y cuán digno de aplauso es el sentimiento de justicia que lo inspiraba:

Yá he explicado, en anterior discurso, que los constituyentes de 1886 nos vimos obligados á respetar las generosas y abnegadas súplicas del nunca bien sentido Ilustrísimo señor Paúl, á efecto de que los derechos del Clero se limitaran, como lo hizo el artículo 54 de la Constitución. El Ilustrísimo señor Paúl temía que, en los críticos momentos en que se discutía la Constitución, si no se hacía el sacrificio de los derechos políticos del Clero, pudiera producirse peligrosa reacción, que hubiera impedido la sanción de la Constitución; el sacrificio se aceptó, y nuestra Carta fundamental ha quedado con una disposición injusta y que pugna contra las creencias religiosas del pueblo colombiano; se ha vulnerado en derecho. Deber de los legisladores es hacer la debida rectificación.

Es digno de notarse, señor Presidente, el celo que se despierta y los temores y peligros que se señalan ante la idea de que un Sacerdote ó un Obispo tome asiento en las Cámaras

Legislativas y nada se dice, y nadie se escandaliza de que esos mismo puestos puedan ser ocupados por ateos, por demagogos y hasta por criminales; se niega el derecho al Clero para ayudar á confeccionar las leyes que han de gobernar al pueblo colombiano, declarado católico por la Constitución; y no se discute la competencia de los otros colombianos para el mismo fin. Si esto se sancionara, tendríamos que sostener que hay dos justicias y dos derechos: justicia y derechos fáciles, ventajosos y cómodos y hasta agradables para los seculares; y estrechos, humillantes y penosos para el Clero, ó como se dice vulgarmete: *la ley del embudo*.

.....
Por lo expuesto, señor Presidente, se ve claramente que la Iglesia, que sí es á la que incumbe, y no á nosotros, señalar los inconvenientes que pudiera tener el uso de los derechos políticos del Clero, lo reglamentó desde el siglo XVII, y después ha seguido dictando disposiciones á fin de que en lugar de ser un mal para las Naciones el que los Sacerdotes católicos tomen asiento en los Cuerpos Legislativos, como sucede en España, Francia, Austria, el Ecuador y el Perú, sea un bien, y un bien de gran valía, porque su autorizada voz estará siempre defendiendo los fueros de la verdad y de la justicia, puesto que son sus apóstoles.

No repugna á la historia ni á la índole de nuestra Patria que el Clero tome parte en nuestros asuntos públicos: entre los Próceres de nuestra Independencia se encuentran Pey, Padilla, Mariño y muchos otros, y de seguro que no les tachamos de inconveniente el que ayudaran á darnos Patria y Libertad; hasta no hace mucho tiempo, el año de 1860, el Clero tuvo asiento en nuestras Cámaras. Exeíto al Honorable Senador (Pérez y Soto) á que me señale los males que recibió el país de los Sacerdotes legisladores.

.....
Por mi parte, debo decir, señor Presidente, que no es como ferviente católico, que sí lo soy, como he presentado y como defiendo el proyecto que se discute, sino como defensor de la justicia y del derecho.

.....
El hecho de que el gran León XIII haya ordenado al Clero francés que sostenga la República, que el señor Pérez y Soto alega como argumento contra el proyecto, es, por el contrario, argumento en favor, porque es haciendo uso de los derechos políticos como el Clero puede cumplir con el mandato del ilustre prisionero del Vaticano.

El mismo Excelentísimo señor Vicepresidente de la República, en su notable Mensaje al Senado sobre el mencionado proyecto, reconoció la buena voluntad que lo dictó, y sólo propuso la discusión indefinida de la reforma, guiado por el principio de que esta materia debe regularse por medio de acuerdos con la Santa Sede, previa consulta de los Obispos y en atención al común interés de la Iglesia y del Estado. Ojalá así se proceda, y que no muy tarde, nuestro parlamento vea en su seno dignos ministros de Cristo, que cooperen con sus virtudes y con sus luces al bien de la Patria, que tanto depende de una sabia legislación. Invocarése entonces el nombre de REYES con profunda gratitud.

Si no temiéramos dar á este escrito demasiada extensión, probaríamos, con documentos auténticos, cuán lejos de toda ambición política y de llegar á la primera Magistratura nacional—por él harto merecida—ha estado su pensamiento. Siempre patriota y desinteresado, ha prescindido de su nombre en las luchas políticas, cuando lo ha visto como señal de división ó como causa de disturbios en el partido á que pertenece. Basta recordar, entre otros pasos, su elevada conducta siempre que se ha tratado de acordar Designado para el Gobierno Ejecutivo, y el elocvente discurso que pronunció en Medellín, el 15 del presente mes, que es, á uestro ver, página brillantísima en la vida de REYES. Allí brotó á torrentes el sentimiento de amor á la Patria.

En pocos varones ilustres las virtudes públicas se hallan en armonía perfecta con la vida privada, porque de ordinario el hombre es más celoso de conservar la pública estima, que del aplauso de su propia conciencia sobre el cumplimiento de los deberes del hogar. A aquella clase distinguida, que es la verdadera aristocracia de la sociedad cristiana, pertenece el señor General REYES, en quien la vida pública es reflejo auténtico de la conducta privada, y ésta se muestra en toda su pureza cristiana en el hogar que ha fundado. Secreto de esa armonía son, de una parte, sus creencias católicas, que no las limita, como otros, á credo especulativo ó á elocuencia bizantina, sino que las acredita, según el precepto evangélico, con hermosa práctica, y de otra parte, su acendrado amor al trabajo y á la vida activa, tan necesario para que el espíritu esté menos sujeto á las múltiples sollicitaciones del mal, que se avigoran tanto en la indolencia y el ocio.

Ni es menos perfecta la armonía de que tratamos, considerado el señor General Reyes en su carrera militar, de suerte que si hubiéramos de hacer un retrato suyo desde este punto de vista, fácil sería observar con cuánta exactitud le convienen los perfiles salientes con que la admirable pluma del Conde de Maistre pinta el carácter del verdadero soldado. "El hombre más honrado es ordinariamente el militar honrado," decía aquel grande hombre. En el comercio ordinario de la vida, el militar es más amable, más dócil, y, á nuestro juicio, más complaciente que los demás hombres. En medio de las tempestades políticas se muestra generalmente defensor intrépido de las máximas antiguas, y los sofismas más deslumbradores se estrellan casi siempre ante su rectitud. En él la religión se vincula con el honor de una manera notable. La virtud, la piedad misma, se hermanan con el valor militar, y, en vez de amenguarlo, ellas lo exaltan. A pesar de la sangre que hace derramar, el guerrero es humano, como es casta la esposa en los transportes del amor, y en el momento mismo en que guarda la espada, la santa humanidad, los sentimientos más generosos, recobran sus derechos (1).

REYES es, con efecto, el militar honrado de las edades cristianas: caballeroso, amable, modesto, religioso hasta la piedad, noble en sus aspiraciones y en el trato social, pronto siempre á sacrificar su vida por la causa á que se afilió desde su edad primera, patriota eximio y valeroso hasta el arrojo. Y como General, nada es comparable á la actividad prodigiosa de sus operaciones, á su talento organizador, á la habilidad y prontitud de sus marchas, al secreto influjo—característico de todo genio militar—que ejerce en el soldado, y á la confianza que tiene en el poder de su espada. En Dios mira siempre el brazo que le salva en los mayores peligros, y Dios le ha salvado hasta en el sangriento y para siempre inolvidable combate de Enciso, porque Él presta siempre su protección á los grandes Capitanes, y sólo permite que sucumban en las batallas cuando su celebridad no puede aumentarse y su misión está cumplida.

Quien haya leído las alocuciones que el señor General REYES ha dirigido á sus soldados, ora antes de la batalla, para alentar su valor y su

(1) Véase, *Soirées de Saint-Petersbourg*, t.º, II, Septième entretien.

patriotismo, ora cuando los ve coronados con el laurel de la victoria, habrá podido admirar su elocuencia militar, que fluye de sus labios con esa naturalidad y fuego que observa el lector en las proclamas del Padre de la Patria.

Al lado de las prendas del soldado y del Jefe militar, adornan su carácter las del verdadero ciudadano. A pesar de la altura á que su gloria lo ha elevado, conserva su natural modestia. Es expansivo sin vulgaridad, y posee el dón de gentes, bien cultivado por la experiencia y el trato con hombres de diversas nacionalidades. Además de la lengua nativa, que maneja con propiedad y soltura, conoce y habla las principales lenguas de Europa; y como su espíritu habita siempre en elevada esfera, frecuentemente dirige su mirada á la verdad científica, experimenta la dulce influencia del sentimiento estético y lo alimeuta y cultiva con las obras clásicas de la literatura y del arte.

Pasando ahora á su última campaña—superior en sentir nuéstro—á la que hizo en 1885, fácil es reconocer que á él tocó representar el principal papel, y que si otros Jefes conservadores, de alta reputación militar, no se ven rodeados de la aureola de gloria que Colombia entera ve brillar en la frente del General REYES, ello depende, prescindiendo de las dotes eminentes con que Dios lo enriqueció, del teatro en que le cupo en suerte representar su papel. Es imposible, y jamás se ha visto, que en una guerra cualquiera corresponda á los capitanes un mismo grado de gloria. Esta acaricia de preferencia á aquél á quien pudiéramos llamar el *alma mater* de la defensa nacional ó de una causa noble, y nadie tiene derecho de quejarse, cuanto menos quien cree en la Providencia, que así dispone y gobierna el mundo bajo el ala de la paz, como en los campos de batalla bajo la espada del guerrero.

Y en efecto, la gloria conquistada por el General REYES en 1885, le llamaba á representar en la que estalló el 23 de Enero de 1895, una misión armónica con el genio militar de que dio sorprendentes muestras en aquel año. De ahí que el Jefe del Gobierno le señalase el río Magdalena, la Costa Atlántica y el Departamento de Santander, como teatro donde debía desplegar su prodigiosa actividad, en defensa de la bandera nacional, y dar nuevo brillo á su espada victoriosa. El Magdalena es, por diversas razones, la vía fluvial más importante en una revolución para los dos partidos beligerantes; la Costa constituye el baluarte de la seguridad interior de la República, y en el Departamento de Santander había aparecido la invasión pirática procedente de Venezuela, y la rebelión se mostraba poderosa.

La campaña realizada en 1895 por el señor General REYES es para él nuevo título de gloria imperecedera, y testimonio de que el Gobierno no se engañó al encomendarle su principal defensa. Recorrámosla ligeramente, ya que sus detalles, ignorados generalmente, serán objeto de escritos posteriores.

Salvado milagrosamente el señor General REYES, como lo reconoció en ocasión solemne el Excelentísimo señor Vicepresidente de la República (1), de las manos revolucionarias, ejerció por unos pocos días el cargo de Jefe Civil y Militar de Cundinamarca, y luego partió de improviso á la campaña, al frente de una pequeña fuerza, aún no organizada, pero compuesta en su mayor parte de jóvenes valerosos, que aspiraban á defender la causa del orden con el sacrificio de su vida. La Rebelión pretendía librar la primera batalla á poca distancia de Bogotá, y á desafiar sus iras voló REYES. La encontró apostada en formidables posiciones y en número superior, pero nada le detiene, y el 29 de Enero, después de lucha reñida, la victoria corona sus primeros esfuerzos, y la Regeneración columbra sobre las cimas escarpadas de "La Tribuna" la aurora de su salvación final.

Los resultados de esta jornada en pro de la causa nacional son evidentes. Ella quitó á la revolución los principales elementos con que contaba en Cundinamarca, produjo desaliento en los rebeldes, dio nuevo impulso á los paladines del orden, y preparó otros pasos de vital importancia. Si el éxito de aquella lucha hubiera sido favorable á la rebelión, se comprende sin dificultad la fuerza que ésta habría tomado y la situación desventajosa en que habría quedado el Gobierno. Sin la victoria de "La Tribuna," el General REYES no habría podido marchar con la necesaria prontitud al Magdalena, y las cosas habrían tomado en todo el país rumbo diverso. Esta jornada puede considerarse propiamente no sólo como la causa de la pacificación de Cundinamarca, sino como el primer golpe mortal dado á la revolución en todo el país.

Triunfante REYES en "La Tribuna," marchó para Honda, no sin organizar á su paso las tropas de su mando, y de dictar otras medidas tendientes á la dirección de la campaña en el vasto campo que se abría á su mirada guerrera. Al fin la fuerza enemiga, compuesta de los derrotados en "La Tribuna," y de otras partidas que después se le incorporaron, hubo de capitular en "Chumbamuy," desesperada por la velocidad con que REYES la perseguía en marchas forzadas, y por la indisciplina é insubordinación de sus propios soldados. En esa capitulación—que sólo revela corazón clemente en el héroe de "La Tribuna" ningún hombre sensato puede escudriñar mira alguna de ambición política.

Despejado así de enemigos armados el Departamento de Cundinamarca, REYES marchó para Honda, recorrió el Magdalena y pasó primero á Cartagena y luego á Barranquilla. En esta campaña—además de la actividad con que organiza tropas y apresta buques de guerra y provee á la seguridad del río en todos los pueblos que éste baña—sorprende su privilegiada organización física, que en nada alteran ni la inclemencia y rigor de los climas, ni las veladas continuas ni el movimiento constante, que á todas partes se extiende con rapidez increíble.

Con razón la Ciudad histórica manifestó su entusiasmo por el héroe cuando llegó á sus puertas. Nada más digno de la grande alma del General REYES, que ese sentimiento generoso con que—acompañado de la noble sociedad cartagenera—visitó la tumba de Núñez y depositó en ella las coronas que la gratitud le había ofrendado. Bien merecía el Padre de la

(1) En el discurso en que contestó al señor General REYES las valientes palabras con que éste manifestó que ponía su espada á disposición del Gobierno.

Regeneración este recuerdo del héroe que la había defendido valerosamente en 1885, y que cumplía, cubierto ya de nuevos lauros, el solemne juramento que le había hecho de defender, en adelante, la obra de su genio. Con efecto, en Marzo de 1886, aniversario de la famosa expedición caucana, recibió de mano de Núñez la áurea espada en que éste simbolizó la gratitud nacional, la admiración que REYES le inspiraba, y la lealtad, nobleza y gallardía con que él estaría pronto á defender los fueros de la justicia y de la libertad cristianas.

Al dejar los sagrados muros tornó REYES al Magdalena, y luego emprendió esa homérica campaña que terminó en la gloriosa jornada de Enciso, nombre para siempre memorable en la carrera de REYES, y acaso el que representa la cumbre de su gloria militar, si Dios, en sus altos designios, no le ha destinado para ulteriores hazañas.

En esa campaña, semejante á la que hizo el Libertador del Mantecal al campo de Boyacá, todo es admirable: el amor patrio que se enciende en el corazón de REYES ante la perspectiva de una vandálica invasión; la rapidez con que organiza su Ejército; el valor y confianza que infunde en el soldado; la rapidez de sus marchas; la serenidad y fortaleza con que cruza las montañas de Bagueche y los páramos de Mogorontoque; la grandeza de alma que manifiesta al llegar á Málaga la víspera del combate —pues no la han doblegado ni el cansancio ni la disminución de sus tropas, á un número relativamente inferior al del Ejército de Bolívar;— la intrepidez y coraje con que en la aurora del 15 de Marzo acomete á un enemigo que ocupaba posiciones formidables, y le desaloja de ellas; la constancia y bravura de su brazo en diez horas de combate, durante las cuales ninguno de sus soldados da un paso atrás; y por último, el acto verdaderamente heroico en que anuncia al Ejército rebelde de Boyacá, cuya vanguardia había sido destrozada por él, y que asomaba al pavoroso campo de Enciso, una capitulación honrosa, so pena de recibir la metralla de sus soldados.

Al último disparo que se dio en Enciso, siguió el entusiasta saludo que todos los pueblos de Colombia dirigieron al Dios de la paz. Verdaderamente puede decirse que esta batalla puso término forzoso (1) y cruento á la Revolución, cuyos restos, sorprendidos por modo providencial en Capitanejo, y aterrados por el estrago de Enciso, se rindieron en forma incruenta al Ejército del Norte. ¿Acaso podía negarse—con certeza matemática ó al menos moral—que sin las marchas activísimas del General REYES los dos Ejércitos enemigos se hubieran unido, y que aquella unión hubiera sido funesta para la causa de la Regeneración? Sólo Dios sabe con certeza absoluta cuál es el resultado futuro de los acontecimientos humanos, que el hombre apenas conjetura en hipótesis más ó menos aventuradas.

El héroe de Enciso merece con toda propiedad el nombre de salvador de la Patria. Aclámanlo así los pueblos de Colombia, y por ello el entusiasmo ha brotado, como hijo de la verdad, con incomparable estrépito en las ciudades que ha visitado, donde le han ofrendado arcos triunfales, flores,

(1) Yá el General REYES ha manifestado en diversos lugares que, á fin de evitar la efusión de sangre en el encuentro con el Ejército de José María Ruiz, propuso á éste una honrosa capitulación, que no fue aceptada. La aseveración del General REYES ha sido confirmada con el testimonio del Jefe prisionero, Pedro Soler Martínez, rendido por éste en Málaga al día siguiente de la batalla de "Enciso."

coronas y valiosas medallas. Bucaramanga, Medellín y Facatativá han manifestado lujosamente su admiración por el Héroe, y Bogotá, en la recepción nunca vista hasta hoy por ella, le ha rendido homenaje espléndido, y prepara otros actos en que dejará permanente testimonio de gratitud.

Todos los corazones, aun los de sus adversarios, deben cantar como cantó Manzoni, absorto ante la figura colosal de Bonaparte:

... .. Nui
Chiniam la fronte al Massimo
Fattor, che volle in Lui
Del creator suo spirito
Più vasta orma stampar.

Quieran Dios y la Patria conservar pura la gloria del General RAFAEL REYES en éste, que con verdad puede llamarse, período crítico de su carrera. No ha de fallar en él la ley á que está sometida toda grandeza humana, de ser desconocida por criterios revesados ó por el egoísmo y la envidia. Esa ley inexorable no perdonó á Cristo, Dios verdadero que trajo al mundo la luz y la paz del Cielo, y hoy mismo vemos cumplirse la gran palabra de Simeón, que anunció á las naciones que Cristo sería objeto de lucha y de contradicción. Mas si no podemos impedir el cumplimiento de tal ley, porque en la Sabiduría infinita ella es también duro medio de glorificación, justo es aspirar á que el sentimiento patrio, enlazado con la justicia, suavice su rigor en el más ilustre de nuestros Capitanes.

GABRIEL ROSAS.

Abril de 1895.

† POESIAS. †

AL HEROE DE ENGISO.

¿Qué ronco trueno el ámbito ensordece ?
¿Qué gemidos son esos
Que suben de pacíficos hogares
Con ferviente plegaria el Cielo hiriendo,
Con clamor de pavura ?
¡ Ay ! ¿ por qué el horizonte se oscurece
Como cuando terrífica Natura
Va su furor á descargar tremendo ?

Mostró á Colombia la rabiosa guerra
Una vez más su faz, su faz que aterra ;
Y la sigue el tumulto, y saña impía,
La enfermedad, el hambre, la matanza,—
Su obligado cortejo y compañía ;
Y ábrenle senda el odio y la venganza.

Tembló la Patria, y por su faz augusta
Echó el crespón de funcionario duelo.
“ ¿ No era bastante el ver, crueles,—gime,—
De esas ruínas el cuadro pavoroso
Que la discordia amontonó en mi suelo,
De mi honor enemiga y mi reposo ?

“ Mirad, mirad mi juventud florida
Cuál ciñe en lumbre la lozana frente,
Con el error en lucha y el olvido :
Ved cuál mi pueblo su esperanza entrega
A su noble labor ; cómo salida
Busco á extranjera tierra ; cómo pido
Su empuje al genio y al vapor potente.....”
Mas en vano habló así ; que rabia ciega
Sopla á impulsar el vértigo homicida.

Marte dilata el temeroso trueno,
Conturba el inminente cataclismo
El cielo de la Patria, antes sereno ;
La borrasca se encrespa, y un abismo
Del altar á los pies abrió su seno.

Van, en el triunfo el pensamiento fijo,
Mas eco sordo su esperanza atierra ;
Que al contemplar los bélicos furores,
El pueblo con clamores
Llamó en su amparo al rayo de la guerra,
Y el rayo de la guerra “ ¡ Héme aquí ! ” dijo.

Es el varón que recibió del Cielo
El dón de la pujanza previsorá,
De la audacia creadora :
Alma á quien el peligro fortalece,
De la voltaria suerte vencedora,
Que ceba en los obstáculos su anhelo,
Que de la gloria al beso se estremece.

“ ¡ REYES ! ” oyóse ; y “ ¡ REYES ! ” obediente
Truena el eco, de allá do el mar, lamiendo
Tus pies, brama, oh heroica Cartagena,
Hasta las pampas do Orinoco lanza
Sus ondas hacia Atlante. Y con estruendo
Dijo el río : “ Conózcole : él mi frente
Holló ; ensayo hizo aquí de su pujanza ;
Aquí su audacia contemplé serena.
Yo adiviné su fama,
Porque arder en sus ojos vi la llama
Del que inició en mi margen
La obra de redimir un continente ! ”

— ¡ Cómo hubieras amado á tu guerrero,
Bolívar, y aplaudido á tu soldado !
¡ Con qué orgullo le hubieras coronado !
¡ Cómo hubiera este tu ínclito heredero
Hecho de maravillas á tu lado !—

Acudió de su Patria al llamamiento :
Brilló en su diestra la fulgente espada ;
El heroísmo despertó á su acento :
Hizo la juventud alborozada
De vencer ó morir el juramento.

Ya sale ; y brilla ya su bizarría,
Que vence ; y vuela allá do Magdalena
Sus aguas encamina al Oceano.
Ve una vez más el mar la faz serena
Del impávido, egregio veterano ;

“ Este, dice, es aquél cuya osadía
Burló mis iras, mi bramar profundo :
Bulle en su alma la noble valentía
Del Genovés, descubridor de un mundo ! ”

Despiertan á su acento
Las marinas regiones ;
El entusiasmo inflama corazones ;
Todo se pone al punto en movimiento.
Allí la paz su dulce rostro ostenta,
Allí do el mar halaga el patrio suelo,
Como el iris, cuando huye la tormenta,
Proyecta su arco en el azul del cielo.

Mas ¿ qué se oye á distancia ? El Norte truena :
En rabia, en negra rabia henchido el pecho,
Allá aparecen enemigos fieros
Amenazando con luctuosa escena.
¡ Vergüenza ! batallones extranjeros
Hoscos huellan el suelo colombiano.
¿ A qué venís ? ¿ Qué mal os hemos hecho ?
¡ Ah ! ¿ por qué ensangrentáis un pueblo hermano
Que siempre ha respetado vuestros fueros,
Que con vosotros compartió la gloria ?.....

De la Patria de Sucre sois escoria ;
Al gran Bolívar no aclamáis por padre ;
Que una chusma venal, filibustera,
Patria no tiene, nombre ni bandera.
¿ Quién os trajo ? decid..... Mas callad nombres :
Nó, no sepa la Historia
Si Colombia hijos tuvo
Que el rostro vapularan á su madre !

Tremen los pueblos : óyense clamores ;
Se irgue la muerté, atroz, ensangrentada ;
La violencia derrama sus horrores.

Mas vuela el Héroe : nada desalienta
El empuje del águila, á cuya ala
Campo es de regocijo la tormenta.
Allá voló : la cáfila invasora
Teme llegado el golpe que escarmienta,
Y huye. Cual lumbre que la noche exhala,
Persíguelos veloz, hora por hora.....

— ¡ Bolívar ! ¿ cuál hubieras admirado
Esta marcha ! Tu hueste denodada
Sacaste así de tórridas regiones,
Y hasta el Ande encumbrástela, embozado
En nieve eterna ; así tu derrotero

Contemplaste en cadáveres sembrado ;
Así asomó tu tropa quebrantada,
Reducida á la nada ;
Mas desplegaste tu poder guerrero,
Y en Boyacá fijaste tus pendones.—

Al contrario allá ve. No considera
El número ; no aguarda á que el soldado
Repose, ni siquiera
A que caliente el sol su cuerpo helado.

Y llega, y carga..... El cóndor así otea
Su presa, y desde el risco en nieve cano
Do su mirada dominaba el llano,
Desciende ; el aire con fragor golpea,
Y cae, cual el rayo audaz, certero
Como el arpón que disparó hábil mano.

Quiso ahorrar sangre : ruega
Con palabras de paz y noble olvido,
Que la bondad al fuerte no degrada ;
Pero cerró el oído
La facción, de soberbia y rabia ciega :
; Responda de la sangre derramada !

Truena el volcán con su clamor de guerra :
Lanza la muerte su siniestro grito
Sobre aquel campo del Señor maldito,
Y se estremece con pavor la tierra.
Rasga el cañón la matutina brisa,
Que gime y se oscurece ante la escena
De horror y estruendo llena.
Extrema esfuerzos el ardor guerrero ;
Ciega la suerte muéstrase indecisa.
Mas el Héroe está ahí : su ejemplo puede
Mantener ardorosa la esperanza :
Inspira su presencia confianza,
Que en alto brilla su pujante acero.
El enemigo cede,
Y muerde el invasor polvo extranjero.

; Gloria, gloria inmortal al paladino !
; Cruce su nombre el ámbito del cielo,
Con amor pregonado y vivo anhelo !
El de su Patria esclareció el destino ;
Vengó el honor del colombiano suelo.

; Y gloria, y bendiciones, y alabanza
A tí, Señor, oh Padre Soberano,
Que una vez más tendiste
Hacia tu pueblo tu piadosa mano,

Y á esta tierra, tan noble y desgraciada,
Enviaste de amor una mirada !
¿ Hasta cuándo el azote de la guerra
Nuestras espaldas llagará ? ¿ hasta cuándo ?
¡ Oh, cese ya ! ¡ Que el iris nos sonría
De dulce paz ; que ya los corazones
De amor respiren el ambiente blando ;
Que reinen el trabajo y la armonía !

Héroe, de paz es prenda tu victoria :
Salud, ¡ oh lustre de la Patria mía !
Por ti brilla el grato iris ;
Por ti recuperó la ley sus fueros,
Tiende la Cruz sus amorosos brazos
A unirnos con el vínculo de hermanos :
Y la Justicia recobró su acento
Y la bendita Libertad su asiento.

¡ Oh, paso al Vencedor ! Orna su frente
Virgen del Funza : bellas,
Entrelazad coronas, y al potente
Adalid que de paz os trae la oliva
Ceñid las sienas.

Vates, su alabanza
Decid, y viva su preclaro nombre
En vuestras rimas, y lo grave el bronce ;
Y sea en lo futuro una enseñanza
Que aliente la virtud, el alma asombre !

Bogotá, Abril de 1895.

ENRIQUE ALVAREZ BONILLA.

AL GENERAL RAFAEL REYES

EN EL DÍA DE SU ENTRADA TRIUNFAL EN BOGOTÁ.

I

¡ Salve, genio cristiano,
Amigo del trabajo y la victoria !
Ni el odio ruin, insano,
Ni de ambición vulgar la falsa gloria
Han de manchar jamás tu clara historia.

II

Con romana osadía
Que condena de tántos el desmayo,
Tajas la selva umbría,
Y luégo al caudaloso Putumayo
De tu intrépida nave agita el rayo.

III

Y allí donde natura
Cautiva con sus galas nuestra mente
Tu fe se yergue pura
Cual aura matinal, y reverente
De Dios adora el brazo omnipotente.

IV

De tu nombre la fama
Del Amazonas salva los raudales ;
Genio el Brasil te aclama
Y dan á tus empresas colosales
Nuevo vigor las leyes imperiales.

V

Nõ el desmante rudo
De añoso bosque ó del vapor el trueno
Tu labio dejan mudo :
Cual otro Húmboldt (1), de entusiasmo lleno,
Revelas de Colombia el rico seno

VI

; Quién describir lograra
Tu vida agreste y tu labor hermosa,
Antes de que sonara
El grito de la Patria quejumbrosa,
Que te llamó á salvarla en lid honrosa !

VII

Esa vida encerraba
Alto secreto de marcial carrera
Que Dios te preparaba,
Desde el hermoso Cauca á la frontera
Do pirática turba audaz surgiera.

(1) Pronúnciese *Húmboldt*.

VIII

Y dos guerras has visto :
En la primera grande te mostraste :
Siempre al peligro listo.
¡ Héroe en tierra y en mar, raro contraste !
En toda arena con honor triunfaste.

IX

Brillar vieron tu espada
Roldanillo y Cartago en el combate :
La mar alborotada
Tus atrevidas naves feroz bate,
Mas nunca, oh REYES, tu valor se abate.

X

De la Justicia el brazo
Levantaste en Colón con firme aliento ;
Que no cedas el paso
De mentida clemencia al sentimiento
Que una vida respeta é inmola ciento.

XI

A ti llegó el gemido
De Cartagena heroica, y sin tardanza
Al mar enfurecido
Do Atlante impera tu vapor se lanza
Y al sacro muro rápido se avanza.

XII

Mas yá el sitiador fiero
Dejando el campo al Magdalén huía
De tu invencible acero ;
Sin soñar que otro campo te ofrecía
De nuevos lauros la revuelta impía.

XIII

Sufriste sin abrigo
De Calamar el inclemente suelo,
Y como noble amigo
Ay ! viste con dolor tender el vuelo
Al preclaro Bricceño para el cielo.

XIV

Él no supo el remate
De tu campaña en el undoso río,
Ni vió el bélico embate
Con que quitó al rebelde el señorío
El mágico poder de tu navío.

XV

Era que Dios clemente
Al expirar Briceño te legaba
A la Patria doliente
Para enjugar su llanto, y ya brillaba
La clara lumbre que Colombia ansiaba.

XVI

Al florecer la oliva
De la soñada paz, tu labor grande
Contéplase y activa ;
Que tu genio sus alas libre expande
Cual el condor en la región del Ande.

XVII

El Código cristiano
Que de la libertad soltó el problema
En que el orgullo humano
Doquier apoya aterrador sistema,
Tu nombre exhibe, de justicia emblema.

XVIII

Y en el ilustre asiento
Donde no há mucho el pueblo te veía
Afianzando el cimiento
Del social edificio, cuál lucía
Tu elocuencia, tu fe, tu gallardía !

XIX

El íntimo cariño
De tierno padre y de ejemplar esposo,
Tu pura fe de niño,
De la bondad divina dón precioso,
Cristiano hacen tu hogar y deleitoso,

XX

Dispuesto al sacrificio
Vuelas á defender la patria amada ;
Que no te enerva el vicio
Ni mezquina pasión tu alma degrada.
Oh ! ; si tanta virtud fuera imitada !

XXI

Percibo yá el estruendo
De rebelión segunda y la carrera
De tu corcel tremendo
Al campo de la gloria donde impera
Más que en el ponto tu labor guerrera.

XXII

De " La Tribuna " al río
Donde otro tiempo se mostró esplendente
Tu heroico poderío,
Colombia ciñe de laurel tu frente,
Y el dictado mereces de clemente.

XXIII

En el veloz descenso
Del Magdalén á Cartagena hermosa,
Que con júbilo inmenso
De flores te ofrendó lluvia copiosa,
Tu actividad contemplo portentosa.

XXIV

Y más grande te admiro
En la tumba de Núñez bendecida,
Do exhalas un suspiro,
Depositando en llanto humedecida
La ofrenda de su patria agradecida.

XXV

Con divinal mirada
Que en aquel genio contemplaste un día
Te dedicó una espada.
Ay ! y en la hora final de su agonía
Se agitaba en silencio la anarquía.

XXVI

La atlética armadura
Con que el Libertador marchó impetuoso
Desde ardiente llanura
Hasta el de Boyacá puente glorioso,
Mi pecho intenta recordar gozoso.

XXVII

Que tú, cual él, marchaste
Por montañas y páramos desiertos,
Y á tu paso dejaste,
Por la nieve ateridos y cubiertos,
¡ Cuántos fieles soldados, parte muertos !

XXVIII

Desnudo y fatigado
Volaste cual Bolívar á la arena.
Enemigo esforzado
Con gritos de furor el aire atruena
Y á despiadada muerte te condena.

XXIX

En el campo de Enciso
Al contrario tu diestra desbarata ;
Que Dios pródigo quiso
Castigar al rebelde y al pirata,
Que sin temor alguno incendia y mata.

XXX

¡ Cuál en sangre teñido
Y lleno de cadáveres contemplo
El pueblo maldecido
Que al ministro azotó del santo templo !
¡ Ay, de eterna justicia claro ejemplo !

XXXI

Tomad la épica trompa
Para cantar, oh vates, tal pelea,
Y celebrar la pompa
Con que en los pueblos todos centellea,
De patria gratitud ardiente idea.

XXXII

En la vida preciosa
Que cabe roble majestuoso empieza,
Y luégo poderosa
La cima alcanza de marcial alteza,
Vuestras musas ostenten su grandeza.

XXXIII

Bajo el cielo esplendente
De tu bendito hogar, libre repósa ;
Que es corona excelente
Para el héroe que lidia lucha honrosa
La sonrisa del hijo y de la esposa.

GABRIEL ROSAS.

Abril de 1895.

AL GENERAL RAFAEL REYES.

Otra vez la Discordia se presenta
Armada del relámpago y el trueno,
Cual negro nubarrón que la tormenta
Oculto lleva en su espantoso seno.

La Paz se cubre con crespón de duelo,
Gimiendo de la Patria por la suerte.
¡ Oh cómo tiembla de pavor el suelo
Al paso de la Guerra y de la Muerte !

Cual la madre leona que despierta
Al súbito ladrar de la jauría,
E irguiendo la cerviz, la garra alerta
Aguarda al que su rabia desafía.

Alza Colombia la orgullosa frente,
Altiva la mirada, el labio mudo,
En la diestra la espada refulgente
Y en la siniestra el ponderoso escudo ;

Contempla con desdén las hordas fieras
Que del pirata los pendones izan,
Y pisando insolentes las fronteras
Los prados con su planta esterilizan.

Circúndanla sus hijos al instante,
Listos para luchar en la contienda ;
Juran plantar el pabellón triunfante
Del enemigo audaz sobre la tienda.

Mas jadeante y polvoroso llega
Un guerrero : Colombia alborozada
El estandarte tricolor le entrega,
Y con sus huestes la temible espada.

¿ Quién es el adalid afortunado
A quien la Patria su pendón confía ?
REYES ! claman el valle y el collado,
REYES ! resuena por la selva umbría.

Tú arrancaste de un árido peñasco
Por las tormentas de la mar batido,
De un buque antiguo el destrozado casco,
De aves marinas solitario nido.

Y en él con tu legión el Oceano
Cruzar pretendes, la gastada proa
Vuelta del Istmo hacia el confín lejano,
Do yacen las cenizas de Balboa.

A destrozar al incendiario velas :
Es de Colombia el ángel tu piloto,
Y son sus alas las nevadas velas
Que al buque empujan desde el mástil roto.

Llegas al fin á la árida ribera ;
Entre manglares el pendón levantas :
Ante él se inclina la gentil palmera,
Y el rebelde se postra ante tus plantas

Hoy cabalgando en tu corcel que lanza
Por las narices de vapor dos plumas,
Y ya se mueve atrás, ya inquieto avanza
Lleno el labio de cándidas espumas,

Hacia los campos del rebelde partes ;
Tus huestes ya por el tapiz serpean :
Cuál flotan los gallardos estandartes,
Y las armas al sol relampaguean !

Y sigues. A las huestes enemigas
Que quieren detenerte en tu ardimiento,
A tu paso dispersas como espigas
Que por los campos desparrama el viento.

Y nada te detiene, ni los ríos,
Ni el bosque secular, ni los eriales,
Ni el hambre, ni los páramos bravíos
Agitados por recios temporales.

Por los espacios, al rayar el día,
Tiende su vuelo el águila impetuosa ;
Mas al fin de la agreste serranía
Sobre un peñón á descansar se posa.

Y no descansas tú. Cúcuta gime,
Y ha llegado hasta ti su triste acento.
Vas á postrar al que feroz la oprime,
Y rauda corres á la par del viento.

Huyó ! La espuela á tu corcel arrimas,
Y levantando espesa polvareda
De los Andes ya subes á las cimas,
Ya cruzas al través de la arboleda.

A cuántos de tus huestes fatigadas
El hambre muertos sobre el polvo deja !
Mas sigues incansable las pisadas
Del rebelde que rápido se aleja.

Alcanzas al Dragón que enfurecido
Al verte lanza aliento que envenena :
Trabas horrenda lid, y al fin vencido
Lo postras y lo arrastras por la arena.

Salta con regocijo la colina ;
La Cruz sobre los Andes resplandece ;
Frescas guirnaldas de laurel y encina
La Victoria entre cánticos te ofrece.

Mas tú, á quien nunca el infortunio abate,
Ni arrulla la Lisonja en su regazo,
Te alejas de la arena del combate,
Do yace el monstruo que venció tu brazo.

RUPERTO S. GÓMEZ.

AL GENERAL REYES

EL DÍA DE SU ENTRADA TRIUNFAL.

Poesía hecha para la velada que una respetable Junta trató de celebrar en honor de este ínclito General.

I

Tañen las trompas, ruedan los carruajes
Y gira el pueblo y se atropella ufano,
Truenan de los bridones los herrajes
Y ángeles rubios de vistosos trajes
Lauros engarzan en su linda mano.....

¡ Avenidas con muros de jinetes
Y que ostentan por árboles fusiles,
Selvas de tricolores gallardetes
Y humo y polvo y estruendo de cohetes,
Y en los balcones, vírgenes á miles !

Y cual floresta donde el viento muge,
La turba ansiosa yérguese y ondea,
Bajo sus plantas el guijarro cruje
Y al miraros, oh REYES ! con empuje
De turbulento mar, os vitorea.

Sois el gallardo paladín que augura
Siglos fecundos en labor tranquila,
Y á cuya frente afluyen con hartura
Las coronas que teje la hermosura
Y los rayos que forja la pupila.

Más que en la lid, los grandes corazones
Prueban de su heroísmo los quilates
En estas majestuosas ovaciones
En que tributa un pueblo aclamaciones
Al que le dio la paz en los combates.

¡ Gloria al leal que con virtud robusta
De sus soldados el valor inflama !
Hoy brinda alegre la vejez adusta
Y en su selva recóndita y augusta
Un hurra eterno lanza el Tequendama.

Sois en la guerra y en la paz atleta ;
Alma creyente que se humilla al triste,
De hinojos ora y el dolor respeta ;
Pero ante audaz ejército que os reta
Sois el que “ á paso de huracán ” embiste.

Y sois el mismo que en lejano día
Botose al mar entre ruinoso barco,
Domó las olas de la mar bravía,
Y aun pudiera robar, en su osadía,
Una página al libro de Plutarco ;

El que ríos y selvas seculares
Exploró, para unir á dos naciones
Y, acampando al frescor de los palmares,
Aprendió las hazañas militares
Al medroso rugir de los leones.

II

Ayer la dicha y del hogar la lumbre
Dejar os vio, risueña, la Fortuna ;
Y élla, de pie sobre la andina cumbre
La rebelde y fogosa muchedumbre
Os contempló arrollar en “ La Tribuna ; ”

Y cual águila, raudó, hacia el Oeste
Valles corréis, subís á la eminencia,
Siguiendo el rumbo de la rota hueste
Que al fin depone su coraje agreste ;
; Y otra vez la vencéis con la clemencia !

Luégo el salvaje, tardo Magdalena,
Como alazán por el jinete herido,
En su espalda os condujo á Cartagena ;
Y cual Pompeyo, de la tibia arena
Visteis brotar ejército aguerrido ;

Después tornais, que el Táchira os absorbe
Y el verbo del relámpago, conciso,
Sin que ni el trueno á su clamor estorbe,
Por el alambre agitador del orbe
Pregona á REYES triunfador de “ Enciso.”

III

Hoy, disipado el humo de la guerra,
Sois el vínculo y alma de un partido
Que, si triunfante se desgaja y yerra,
Cuando llama el clarín sus filas cierra,
Cual las falanges de Alejandro unido.....

Tras luengos años de habitual fiereza,
Ora en pérvida paz, ya en lid á muerte
Que vio mi Patria, con viril nobleza
Vos, iniciando tiempos de grandeza,
Sois en el triunfo generoso y fuerte.

¡ Oh General de esclarecida historia :
Celoso es Dios de su inmortal renombre
Y los destellos de la humana gloria
Son insegura lumbre transitoria
Que reflejan los cielos en el hombre !

¡ Prez al varón que hoy rige humanitario
Y os hizo ayer su escudo y su baluarte !...
¡ Si toda redención pide un calvario,
Que " Enciso " sea nacional osario
En donde yazga para siempre Marte !

¡ Pluguiese á Dios que el siglo venidero,
Oh campeón ceñido de laureles,
La aguda lanza y el fusil certero,
Aun vuestro mismo legendario acero
Volviera al yunque y se tornase en rieles !

ENRIQUE W. FERNÁNDEZ.

Bogotá, Abril 27 de 1895.

MI PATRIA.

(AL VENCEDOR EN ENCISO).

Dulce y tranquilo hogar de mis mayores ;
Suelo donde mi cuna en paz y dicha,
Al són de sus cantares inocentes,
El ángel del amor embellecía.

Tierra que aprendí á amar desde mi infancia,
Y donde tengo ocultas y escondidas,
Con los recuerdos de amorosa madre,
Mis más íntimas horas de alegría.

Hoy vengo á saludarse, rebosando
De amor y de placer, ¡Patria querida !
Porque miro tu frente coronada
Con el iris de paz que luce y brilla.

La sangre de tus hijos más queridos
Al filo de la espada fue vertida,
Y tus hermosos campos, la discordia
En lugares de muerte tornó impía.

Los hombres á los hombres persiguieron,
Y á sus mismos hermanos en su ira,
Parodiando á Caín sacrificaron,
Y mancharon tu seno, ¡Patria mía !

Con cruda lid tu suelo profanaron,
Y clavaron el arma fratricida
Sobre tu propio corazón de madre
Al arrojarla sobre hermanas filas.

Desierta se halla la vecina aldea,
Yermos los campos, tristes las campiñas,
Y sobre el surco apenas comenzado
La azada del labriego quieta brilla.

Por todas partes destrucción y muerte
Apesarada el alma en torno mira ;
Ya en el rico palacio del magnate,
Ya en la mísera choza campesina.

Al frente de este cuadro pavoroso
Que contemplas llorosa y abatida,
¿ Quién de tus hijos que te estime y ame
Querrá sangrar de nuevo tus heridas ?

¿Quién, que madre te diga, podrá ingrato
Renovar tus dolores y agonías,
Y á venganzas y bajas ambiciones
Sacrificar tus hijos y tu dicha ?

Cesen, pues, los combates entre hermanos,
Que sea la paz nuestra única consigna ;
Que vengan el trabajo y el progreso,
Que engrandecen al hombre y lo subliman.

Y que caigan los ídolos profanos
Que han elevado manos homicidas
Sobre el sagrado altar donde tú sola
Debes reinar por siempre, ; Patria mía !

Que una, íntegra, y con honra vivas siempre
Del pueblo colombiano siendo egida ;
Que seas el sol que alumbre nuestros pasos,
Y nuestra única estrella y nuestra guía.

Desde el cadalso así te saludaron
Tus más preclaros hijos, y Bolívar,
Amarte y defenderte con su espada,
Sobre el ara bendita, juró un día.

Y así también el vencedor de Enciso,
Viendo en tu pecho doloroso estigma,
Te ofreció redimirte de *invasores*,
Volverte la honra y la quietud perdidas.

Caballero y soldado su palabra
Supo cumplir, pues valeroso humilla
La arrogancia de tropas mercenarias,
Que desbarata al punto y que aniquila.

Y con la diestra misma con que arroja
Al extranjero audaz, cura la herida
Del hermano vencido, á quien levanta
En señal de perdón, con mano amiga.

Que luchando por Dios y por su Patria
Jamás cuenta las huestes enemigas ;
Que los lauros del triunfo no le ciegan,
Ni el poder de la muerte le intimida.

WENCESLAO MONTENEGRO.

Abril 6 de 1895.

A REYES.

Como á romper de su prisión la malla
Que estrecha la circunda y la exaspera,
Convulsa libra la postrer batalla
En su nativa salvajez la fiera,
La bárbara anarquía,
Los fuertes lazos destrozar queriendo
Con que la Ley la encadenó algún día,
Se revolvió con formidable estruendo
Y amenazó tus campos, Patria mía !

Veló nube siniestra
El puro amanecer de la esperanza
Y otra vez el Rencor movió la diestra,
Avido de tumulto y de matanza.
En el tropel confuso,
Los ayes del dolor y el clamoreo,
Pérfida urdimbre la traición dispuso,
Vistió el malsín el militar arreo,
Y en la sombra afilando sus puñales
Codicia vil se apercibió al saqueo.
En las nocturnas horas
De batalla lanzando las señales,
Voló á anunciar el temporal cercano
Agudo són de músicas marciales
En caverna sin luz buscóse asilo
El manso agricultor ; buscólo en vano
Que el pueblo oculto, el pegujal tranquilo,
Todo en sus olas lo envolvió la guerra,
Como fértil comarca el Oceano.
Salió á luchar, y al trasponer la sierra
Que la heredad nativa
Le va á ocultar y cuanto amó en la tierra,
Breves instantes se paró en la ruta
Y una ardorosa lágrima enjugando
Adiós eterno suspiró el recluta !

Orando por su esposo y por sus hijos
Recuerda, lacrimosa,
Familiares y castos regocijos,
En el hogar la desvelada esposa.
Tenaz presentimiento
Con siniestra visión su mente acosa :
Párecele que escucha

Distantes truenos y fragor de lucha,
De idolatrada voz sordo lamento,
Y al hijo ve, que abandonado exhala
Al pie del muro el postrimer aliento ;
Y ve después, y al punto se estremece,
Y su agitado espíritu se asombra,
Que, por alto designio, prevalece
Sobre el hijo de Dios el de la sombra ;
Que entre montón de escombros y pavesa,
Reliquia miserable
De hermosa villa convertida en huesa,
Se abre á vencida capital camino,
Aullando fiera, la falange impía,
Y ebria se avanza y escalando el templo
Al sumo Dios insulta y desafia ;
Y que otra vez empuña el libertino
De la virgen Colombia el oriflora ;
Guerrero el asesino,
Pueblo sin ley legislador se llama ;
Blasfemo audaz, ministro de impostura,
En la humillada cátedra se sienta,
Y en áurea copa, con doctrina impura,
Las juveniles almas alimenta ;
Ya la piadosa multitud no corre
Al pie del ara á derramar su llanto
Ni desde el alta torre
Convoca el bronce al sacrificio santo ;
Arrancado á su grey el misionero,
El reducido bárbaro á la vida
Salvaje torna y al error primero ;
La más feroz, la intolerancia atea,
Que á toda vil pasión suelta la brida
Y guerra jura á la cristiana idea,
Con dulces nombres la opresión disfraz,
Y a la Verdad, que enérgica le acusa,
El embozado déspota amordaza ;
Y es ; ay ! extraño el yugo
Que el generoso colombiano acata !
Es de viril generación verdugo
Anónimo pirata
Que, de envidia y coraje en el exceso,
Llamó en su auxilio al miserable bando,
Nuevo y enorme peso
Al peso de sus crímenes cargando !

¡ Cuánta escena de horror ! ¡ qué inmenso oprobio !...
Mas ya adivina el ánimo creyente
Que esa visión terrífica y sombría
No es aviso de Dios, de Dios clemente ;
Es engaño infernal, no profecía.
Y á quien la mar bravía

Y el insondable corazón gobierna,
Se eleva, por el llanto acrisolada,
Entre congojas, la oración materna.
Y oyendo la llamada
De Dios y el hurra con que el aire atruenan
Las hordas invasoras,
El que otra vez, magnánimo guerrero,
Allá en solemnes horas
En mezuino pontón venció los mares,
Vuelve á ceñir el olvidado acero
En defensa del templo y los hogares !

Él es ! esfuerzo superior le anima,
Con que á probar se atreve
Intactas olas ó insalubre clima.
Formado de la pampa en la faena,
No al florecer su juventud lozana
Le adormeció con voces de sirena
La femenil molicie cortesana ;
En sus venas activa y noble sangre,
Sangre de antiguo paladín circula ;
A fabuloso intento
Nó la ambición, la gloria le estimula ;
Es el peligro espuela á su ardimiento,
Esle inculto breñal tienda suave ;
Fatiga ó desaliento
Cuando al trabajo ó á la lid se apresta
En su indomable voluntad no cabe,
Ni en su robusta complexión desmayo,
Templada al sol de tropical floresta
Y al aura varonil del Putumayo.

Él, como genio bienhechor, doquiera
En torno á su bandera
Ingentes tropas á agrupar se lanza,
Y difunde en su rápida carrera
Contagio de entusiasmo y de esperanza ;
Aquí del vasto incendio
La primera señal vence y sofoca ;
Ya el puerto guarda, surca el Magdalena
Y á la ciudad de nuestras glorias toca,
Fecunda en sacrificios, Cartagena,
Do Atlante, hiriendo secular muralla,
Con himnos de batalla
En los abiertos ámbitos resuena ;
Del fuego que le excita,
Un punto allí los ímpetus calmando,
Con religiosa gratitud visita
De Núñez el sepulcro venerando.

De las comarcas bellas
Do insigne apóstol, *servidor de esclavos*,
Dejó en portentos de virtud sus huellas,
Lanzado va con su legión de bravos,
Hollando nieves ó abrasada alfombra,
A la región extrema :
Pasar como relámpago en la sombra
Viéronle Ocaña y Zulia y Bochalema ;
Llevando apenas en la audaz jornada
Reliquias de su gente,
Salva el desierto páramo y la helada
Cima y el tremedal y el valle ardiente,
Y al fin el campo avista
Do hermano infiel á la traición se apresta
Y el intruso corsario á la conquista.

No bien procera cumbre
Tiñen del sol los pálidos albores,
Lanza señal de pronta arremetida ;
Y en la postrer guarida,
De su acero pujante á las fulgores,
Muerde la tierra que pisó atrevida
La mercenaria hueste de invasores !
Allí el infiel revuélcase en la arena
Maldita del Señor y en sangre roja,
Y oye que insulta, á la piedad ajena,
Extraña voz su postrimer congoja !

¡ Dura lección y ejemplo al fratricida !
Del que atiza el rencor caiga en la frente
La sangre en aras del rencor vertida !
Maldito el que inclemente
La común heredad convierte en fosa,
Y el corazón amante
Contrista de la madre y de la esposa ;
Y el que primero de discordia el grito
A proferir se atreve
Y, buscando instrumento á su delito,
Provoca los instintos de la plebe ;
Y el que rompiendo aleve
La ley sagrada que al amor le inclina,
De la fraterna comunión deserta,
Y de su patria la vergüenza y ruina
Con extranjeros vándalos concierto !

Puede el Señor, por prueba ó por castigo
Dajar que prevalezca
Y en altaneros pensamientos crezca
De su nombre y su templo el enemigo ;
Mas cuando el mal su inundación dilata
Y hasta el cielo se yergue la mentira,

Entonces de su ira
El tremendo huracán desencadena :
A oprobio y muerte dura
Una generación y otra condena ;
Azota con el rayo la impostura
Y sus huestes confunde y desparrama :
; Dios, que es misericordia y es dulzura,
Señor de los ejércitos se llama!
De la futura edad para escarmiento
Rastro indeleble del estrago queda :
De justicia inmortal son monumento
Los escombros de Enciso y La Humareda !...

Mas otra vez ufana,
REYES! á par con la quietud que ansías,
Vuelve por tí la patria colombiana
La gloria á ver de sus heroicos días !
Ella, nodriza de gigantes, ella
De escogido laurel tu senda alfombra,
Premia tus hechos con la prez más bella :
; Su defensor y su guardián te nombra !
Y al admirar la colosal campaña,
La espléndida victoria,
Fecunda asaz á compensar su duelo,
Altiva ve que de grandeza y gloria
No se apagan los astros en su cielo !

JOSÉ JOAQUÍN CASAS.

Abril de 1895.

AL GENERAL REYES.

El eco de tu fama
Hoy repite la andina cordillera,
Y de un confín al otro te proclama
La Patria lisonjera,
Su escudo y baluarte,
Y las manos extiende á coronarte,

De bravos Capitanes
Del genio de Bolívar herederos,
Denodada progenie de titanes,
Y de soldados fieros,
Una legión te hiciste
Que cual leones en la lucha embiste.

A tu mirar fulgente
; Cómo el alma se agita entusiasmada !
; Qué fuerte el brazo para herir se siente !
; Cómo huye desbandada
La falange enemiga
A quien no gloria, la ambición instiga !

; Quién como tú valiente
Entre el humo y fragor de los combates ?
Mas si es rayo al lucir tu acero ardiente,
Levantas al que abates,
Mientras ; gloria al cristiano !
Vencido y vencedor se dan la mano.

Y al coger los despojos
Que á tus plantas arroja la Victoria,
Es dulce ver tus contristados ojos ;
No gozas si la Gloria
Te trae en alba mano
Palma teñida en sangre del hermano.

Los vivos clamorosos
Con que los pueblos tu valor pregonan,
Son ayes para tu alma dolorosos
Que en tu mente amontonan
Mil recuerdos sangrientos,
De huérfanos y viudas los lamentos.

No guardan las montañas
Tan hermoso laurel en su espesura,
Que premie tus espléndidas hazañas ;
Ni el oro que fulgura *
Sobre tu pecho, brilla
Como tu claro nombre sin mancilla.

Tu poderosa mano
Despedace la hidra maldecida
De discordia civil ; no ya el hermano
Del hermano la vida,
En extinguir se goce,
Ni el fragor de las armas le alboroce.

* Alusión á las muchas medallas y á la cruz de diamantes que, como tributo de su gratitud, le ha dado la sociedad toda de Colombia.

Execración eterna

En el valle resuena y el collado,
Al que hinche en sangre la heredad paterna,
Del arte despiadado
Las aras diamantinas
Torna del bronce al rebramar en ruinas.

La cuna allí arrullaron

Las madres, y con hondas amarguras,
Su juventud lozana marchitaron ;
Allí gratas dulzuras
A su pecho negaban
Para darlas al hijo que adoraban

; Cuánto es al alma duro

Abandonar la atribulada esposa,
Los frescos niños de semblante puro
Como la bella rosa,
Para buscar la suerte
De dormir en los brazos de la muerte.

; Oh madres amorosas

Que dísteis á los hijos valor tanto !
; Oh amantes que al amante generosas
Mandásteis entre llanto,
Los sagrados altares
A defender y los paternos lares ;

Coronas inmortales

Habéis ya de la Patria merecido,
De dicha con los plácidos raudales
El pecho bendecido
Se inunde ; el gozo torne
Y el amor santo vuestro hogar adorne.

Y tú de tus prolijos

Afanes yá descansa, ínclito REYES,
Mientras tu esposa y tus amantes hijos,
De las sagradas leyes
Al defensor coronan,
Y con su amor tus penas galardonan.

D. QUIJANO, S. J.

AL INVICTO GENERAL RAFAEL REYES. *

Y el Héroe estaba allí, sobre su frente
La aureola de la gloria se cernía,
Y algo de lo inmortal y omnipotente
Tras el fulgor de su mirada ardiente
En el coloso aquél se presentía.

El ala destructora de la muerte
Respeto al Héroe en su dosel de gloria,
Y á sus pies cae el déspota y el fuerte,
En tanto que óleo sacrosanto vierte
Sobre su pecho el Dios de la victoria.

Sí, lo respeta la guadaña fiera,
No se atreve á rugir bajo su planta,
Porque al caído al pie de su bandera,
Al ver brotar su lágrima postrera,
Piadoso se la enjuga y lo levanta.

Y es que el valor y el heroísmo humano
Encárnanse en el pecho generoso ;
Por eso Dios excelso y soberano
Quiso dotar al lidiador cristiano
Con corazón de arcángel y coloso.

Tan sólo á un golpe de su noble espada
Cayó la infame rebelión vencida ;
Fue turbión que apagó la llamarada,
Otro Moisés que en la primer jornada
Le dio á su pueblo libertad y vida.

Y vedlo en el fragor de la batalla,
Allá do el iris de Colombia ondea,
Serenamente ante el horror y la metralla,
Sólo en su pecho de guerrero estalla
La fuerza del valor y de la idea.

Por eso el Magistrado lo corona
Y lo corona la mujer y el niño,
El anciano, el apóstol, la matrona
Y hasta el vencido su valor pregona
Y no hay quien no le ofrezca su cariño.

Salve al Héroe inmortal de "La Tribuna,"
Salve al preclaro lidiador de "Enciso,"
Las cuerdas de mi lira una por una
Pregonen su valor y su fortuna
Y eternamente canten si es preciso.

AGUSTÍN ROSAS B.

Abril de 1895.

* Composición recitada por el autor á la llegada del General REYES á "La Tribuna," en el mismo sitio en donde se dio la batalla.

UN RECUERDO

A la Sra. Doña Sofía de Reyes.—Bogotá.

Cuando la multitud entusiasmada,
Prorrumpiendo en gritos de alegría,
Al Héroe saludaba,
Y mil coronas á sus pies rendía,
Entonces yo guardaba
Un recuerdo más dulce todavía
Para la bella, angelical Sofía,
Esposa afortunada
Del Héroe que salvó la Patria mía.
Pues ella fue la mártir abnegada
Que tántas penas con valor sufría ;
Y que también cual víctima sagrada
En aras de la Patria se ofrecía.
Ella sentía la bala que vibraba,
Ella, el estruendo del cañón sentía.....
Que aunque á larga distancia se efectuaba
Todo, en su corazón repercutía.

Tal vez, sumida en el dolor, pensaba
Que á su adorado esposo perdería.....
Y con este pesar atormentada,
Desfallecer su corazón sentía... ..
Pero entonces, humilde y resignada,
Una plegaria al cielo elevaría ;
Y él, salvador de nuestra Patria amada,
Un nuevo triunfo entonces obtenía.

Por esto, aunque tan débil y apocada,
Se eleva la voz mía
Aclamando á Sofía,
Heroína adorada,
Esposa afortunada
Del Héroe que salvó la Patria mía !

MARÍA DE JESÚS AGUIAR RUEDA.

Facatativá, Abril 27 de 1895.

AU HÉROS D'ENCISO.

Libérateur de la Colombie contre l'invasion étrangère de 1895.

I

Salut, noble héros,
Magnanime vainqueur, puissant foudre de guerre,
Dont le nom retentit jusqu'au bout de la terre,
Transmis par les échos.
Que partout, sur tes pas, pour célébrer ta gloire
Et tes justes grandeurs,
S'élèvent dans les airs des hymnes de victoire
Inspirés par nos cœurs !

II

D'infâmes étrangers
Avaient juré ta perte, ô belle Colombie,
Et déjà sous leur joug te croyant asservie,
Pour eux de dangers !
Comme chacals blottis dans une forêt sombre
Ils guettaient leur butin,
Mais leur complot tramé dans l'épaisseur de l'ombre
Fut contraire à leur fin.

III

Tu parais, grand guerrier,
Et les envahisseurs commencent la retraite.
Ta présence pour eux était une défaite.
Sans vivres, sans quartier,
Ils gagnent promptement, dans leur hâtive fuite,
Les hauteurs d'ENCISO
Où tes fiers combattants lancés à leur poursuite
Les rejoignent bientôt.

IV

La lutte commença,
Sanglante et meurtrière (il faisait nuit encore).
Terriblement chargé, l'ennemi, dès l'aurore,
Sans espoir recula.
C'est alors qu'affrontant la bombe et la mitraille
A la tête des rangs,
On put te voir, REYES, diriger la bataille
Qui ruina les tyrans.

V

Les bandits repoussés
Veulent incendier le temple du village
Qui renferme les fruits de leur triste pillage
Pêle-mêle entassés.
Mais tes baïonnettes, tes canons les refoulent
Leur coupent les chemins,
Et leurs morts, leurs mourants, comme avalanches roulent
Dans le fond des ravins.

VI

Et comme tes soldats,
Guidés par ton génie et ton rare courage,
De ces envahisseurs poursuivaient le carnage,
Tu suspendis leurs pas.
“Arrêtez, mes amis! à nous est la victoire,
Plus de sang! leur dis-tu,
Le vainqueur, pour doubler son triomphe et sa gloire,
Épargne le vaincu.”

VII

En quittant nos pays,
Inconnus étrangers, pirates misérables,
Songez que d'Enciso les vallons agréables
Sont pleins de vos débris.
A vos chers partisans de meurtre et d'incendie,
Hâtez-vous d'annoncer
Comment ont su les fils de notre Colombie
Vous vaincre et pardonner.

VIII

Sur ton front radieux
Brille d'un vif éclat une couronne immense,
Dont tes vertus forment, avec magnificence,
Les fleurons précieux.
Que l'on fête partout ta campagne héroïque,
Tes immortels bienfaits,
Illustre Général, et que la République
Te bénisse à jamais!

JOSEPH LÉOPOLD MILHE.

Bogotá, 27 Avril 1895.

RAFAEL REYES.

(BRINDIS).

La senda de la victoria
Marca su espada fulgente,
Y ciñen su noble frente
Los laureles de la gloria.
Sus hechos en nuestra historia
Brillan con luz inmortal ;
Su nombre es himno marcial,
Y hoy, iris de paz su acero.
; Por el héroe caballero,
Nuestra gloria nacional !

ISMAEL ENRIQUE ARCINIÉGAS.

AL VALEROSO E ILUSTRE GENERAL

RAFAEL REYES.

El pueblo de Colombia agradecido
Os ofrece coronas de laureles,
Os llama salvador del oprimido
Y os saluda, caudillo de los fuertes.

Al rumor de la guerra fratricida
La Patria os llama á defender su honor,
Y dejando tu hogar y sus delicias,
Oyes cual bueno su doliente voz.

Lidiador invencible y generoso,
Fue " La Tribuna " tu primer blasón ; (*)
Opónense á tu paso y los sometes
Salvando al que se entrega, con honor.

¡ Indulgente ! ¡ benigno ! acoges luégo
En " Chumbamuy " al enemigo manso
Que os entrega las armas ; y recibe
De vuestras manos el perdón más amplio.

(*) En esta contienda, pues el General REYES ganó muchos laureles en el 85, donde se distinguió por su gran valor y talento militar, venciendo siempre.

Nada detiene tu fugaz carrera ;
Incansable es tu afán de dar alcance
Al enemigo que con saña fiera
Pisó á Colombia, para hundirla en llanto.

¡ Hundirla ! ; Nó ! tu mano lo detiene,
Lo destroza, lo vence, lo anonada ;
Y es “ Enciso ” el lugar donde se ostenta
Vuestro amor á la Patria amenazada.

Defendisteis cual Héroe su bandera
Venciendo siempre al enemigo audaz,
Que atrevido pisara nuestro suelo
Para apoyar al radical tenaz.

El Dios de paz. Sólo El podrá pagarte
El bien inmenso que á Colombia hiciste,
Con tu valor, tu arrojo y tu constancia
La libertaste de una suerte triste.

¡ Bendito seas, caudillo valeroso !
Que has salvado la Patria y el Altar ;
A Dios le pido os haga venturoso
Dando á tu suelo perdurable paz

CLARA M. DE QUIJANO.

Abril 27 de 1895.

AL SEÑOR GENERAL D. RAFAEL REYES.

Rendido á nadie y siempre victorioso,
Ambicioso jamás, mas sí patriota ;
Fuerte cual el león que majestuoso
A defender su causa vuela ansioso.
Espero que con brazo siempre armado
Las legítimas leyes defendiendo
Recordaréis los lauros que has hallado
En los campos de Enciso combatiendo.
Yo mi voz infantil débil levanto,
Enterado ya estoy de vuestra historia :
Sois oliva de paz, lauro de gloria.

LUIS JOSÉ FONSECA S.

Alumno de las Escuelas de los Hermanos Cristianos. 11 años de edad.

LA VICTORIA.

Al ilustre General RAFAEL REYES y sus valientes compañeros.

Colombia ! sí, Colombia la cristiana
Que fértil y lozana
Alza la frente majestuosa y pura,
La patria de los héroes y los grandes,
La Virgen de los Andes
Adornada de mágica hermosura ;

Colombia, que tranquila reposaba
Y alegre contemplaba
En su seno la paz hija del cielo,
Se vió de pronto envuelta por doquiera
En la incendiaria hoguera
Que arrasó de la Patria el bello suelo.

Hombres ingratos pérfidos se alzaron
Y rebelión ! gritaron.
Guerra á la paz y á la justicia hagamos,
Responde sin piedad el fratricida ;
De la Patria querida
El Culto y el Gobierno destruyamos !

Nada importa que sangre se derrame,
Proclama el hijo infame
Desde el confín del territorio hermano.
Y Rosas, el *Nerón*, con sus legiones
De tres generaciones
Pide la sangre como cruel tirano !

Mas el Eterno, el Dios Omnipotente
Como Padre clemente
Venció al rebelde en la traición impía ;
La victoria brilló por dondequiera,
La soberbia extranjera
Bajó la frente ante la Patria mía.

Sí, nuestro Dios, la fuente de ternura,
Sostén de la criatura,
Salvó á Colombia con ardiente anhelo.
Las hordas mendigadas perecieron ;
La sangre que vertieron
Sirva de horror en el extraño suelo.

REYES, el grande ! Atleta colombiano
Con valor sobrehumano
Toma la espada y á la lid se lanza,
No le arredran fatigas á millares ;
La paz de los hogares
Es lo que busca y lo que al fin alcanza.

La defensa del bien y del derecho
 Emprende satisfecho
El guerrero valiente y denodado.
Darle á la Patria refulgente gloria,
 Alto nombre en la Historia
Es el ardiente anhelo del soldado.

Nobles guerreros que á la Patria amada
 Con vuestra heroica espada
Habéis devuelto su primer grandeza !
La Victoria doquier os acompaña,
 Ninguna sombra empaña
Vuestra gloria de límpida belleza !

El trueno aterrador de la metralla,
 Los campos de batalla
Pregonan el denuedo, el heroísmo
Del hombre que defiende con su espada
 La causa inmaculada
De Dios, de la Justicia, el Cristianismo.

El pueblo boyacense en este día
 Con inmensa alegría
Os presenta, Valientes, con anhelo,
Puras ofrendas, tiernos corazones,
 Humildes oraciones
Que el ángel de la Paz conduce al cielo.

Himnos de gozo por doquier resuenan
 Y los espacios llenan
Pregonando los nombres, la memoria
De vosotros, caudillos de la guerra,
 Cuyo valor aterra
Y es de Colombia la brillante gloria.

Ya vuestros hechos ; oh ínclitos soldados !
 Encuéntrense grabados
En la Historia del pueblo colombiano.
Vuestros nombres son nombres que la fama
 Con ansia los proclama
Por la extensión del mundo americano.

RAFAEL AMAYA D.

Tunja, Marzo 25 de 1895.

GENERAL REYES!

..... El que colora
La tierra en sangre y lucha cual valiente,
Ese es el digno á quien el pueblo llora.

Y si se salva, es torre que eminente
Aparando á los suyos se levanta :
Nombre de semidiós le da la gente :
Su brazo solo ejércitos espanta.

(De una traducción poética de D. Miguel A. Caro).

Con ansia nobilísima y creciente,
Con soberano alcance á lo divino,
;Cuál quisiera pulsar lira ferviente
Para cantar el inmortal destino
Y la olímpica fuerza armipotente
Del genio de la Patria peregrino,
Del genio que Colombia ostenta ufana
Ante toda región y raza humana !

Oh flébil lira ! en tu retiro triste
No has osado jamás crearte un nombre :
Esquiva sombra que á la luz resiste,
Nada hay en tí que á lo mundano asombre ;
Mas si vano ropaje no te viste,
Vibras al par del corazón del hombre,
Y hoy, del auge patriótico en las citas
De admiración y gratitud, palpitas !

Sí, rompe ya el silencio cauteloso
Interrumpido sólo en intervalos
En que la Patria en desigual reposo,
En incesante lucha con los malos,
Pudo agitar el plectro sonoro
De los que gozan épicos regalos ;
Que aunque sin ese dón, tú te estremeces
Ante lo grande ; ante los héroes creces.

Inflámense tus cuerdas ateridas,
Retéplense al calor del entusiasmo
Que la Nación en horas bendecidas—
Tras hondas gestaciones de marasmo—
Consagra á quien descuella en sus egidas
De crisis salvadoras. No el espasmo
Venga á oprimir el juvenil acento
Al cantar del guerrero el bravo aliento

Cuánto homenaje al vencedor se ofrenda
En aras de la Patria libertada :
Cincuenta mil adictos dieron prenda
De amor ruidoso en la triunfal entrada.—
La gloria os ama, la mirais sin venda
Rendida al brillo de la heroica espada :
Ideal encarnado, varón fuerte,
Vuestro arrojo intimida aun á la muerte !

Bien venido seáis, genio guerrero,
Fortaleza del suelo colombiano ;
En todo campo vigoroso obrero
Del bienestar de un Pueblo soberano ;
Marcial batallador y caballero,
Sois providencia al extender la mano,
Ya al señalar el rumbo á la victoria,
Ya en la clemencia, prez de nuestra historia.

Bien venido seáis, noble patriota
Que de homérica lid, probo y gallardo,
Habéis dispuesto la abreviada rota,
Eclipsando la fama de un Bayardo.
Parece á mi emoción que no haya nota
Digna en el arpa de inspirado bardo
Para cantar tan alto cual reclama
Vuestra grandeza, que Colombia aclama.

Silencio..... cálla, lira temulenta !
Cese tu ensayo de impotente acorde :
Que el aura popular—hoy cual tormenta
Contra viciada atmósfera—que asorde
El aire en torno de una vida exenta
De mezquina ambición : que nunca al borde
De veleidad dañosa el pueblo caiga,
Ya que lo excelso en lo inmortal arraiga :

ISMAEL CRESPO.

Bogotá, 28 de Abril de 1895.

Rafael Mallarino, comisionado por el Vicerrector, y á
nombre de sus compañeros del Colegio de Colón,

AL SEÑOR GENERAL RAFAEL REYES.

¡ Oh de Colombia no vencido atleta,
Defensor del altar y de las leyes,
Adalid de los buenos, noble REYES,
Recibe mi alabanza no completa !

Altar, autoridad, todo lo bueno,
Soñaban conculcar en su demencia
Los secuaces del mal ; á tu presencia
Reprimido quedó su desenfreno.

Su bandera de muerte enarbolaron
Con feroz altivez, y se creyeron
Dominadores yá ; pero te vieron
Y al punto, amedrentados, se entregaron.

Los rebeldes, con huéspedes extranjeras,
Humillar á Colombia pretendían.....
Los viste y los venciste, aunque oponían
A tu invencible espada las trincheras.

La victoria empezada en " La Tribuna "
Y coronada al fin con la de " Enciso,"
Donde brillar la Providencia quiso,
Se debe á tu valor, nó á la fortuna.

Que expusieras tu vida quiso el cielo
En la sangrienta lucha : obedeciste,
Y espléndida victoria conseguiste :
Dios con el triunfo coronó tu celo.

La juventud cristiana, agradecida,
Hoy con amor bendice tu heroísmo,
Porque tú la libraste del abismo,
Exponiendo mágnánimo tu vida.

Bogotá, Abril 27 de 1895.

AL CIUDADANO GENERAL RAFAEL REYES.

Como el incienso puro que se escapó del templo,
Como homenaje pobre de ardiente gratitud,
Recibe ; oh noble REYES ! la bendición de un pueblo
Que lleno de entusiasmo encomia tu virtud.

Diez años hace apenas que en ocasión solemne
Lidiabas por Colombia con brío y altivez,
Y ahora que la Patria necesitó tu brazo
Al pie de su bandera te encuentras otra vez.

Desde el risueño valle que riega manso el Cauca
Hasta la ardiente orilla del mar que vió Balboa
Marcaste una epopeya de triunfos y de glorias,
Por eso como un héroe el Patriotismo os loa.

Valiente cual ninguno en medio del combate,
Magnánimo y modesto después de la victoria,
Tendiste á los vencidos tu diestra generosa
Y tus grandiosos hechos los guardará la Historia.

De *Enciso* y *La Tribuna* los nombres enlazados
Mientras Colombia exista por siempre vivirán.
Si Córdoba dió el grito feliz de “ *Vencedores!* ”
La Fama repercute tu grito de “ ; *Huracán!* ”

Lidiaste como bueno por Dios y tu Derecho,
La Patria fue tu escudo, tu numen sacrosanto,
Y ahora ella te ciñe corona refulgente
De gratitud henchida porque cesó su llanto.

La Patria de los Córdobas, Mejías y Restrepos
Saluda con cariño al abnegado REYES,
Y sabe que en los tiempos de lucha ó de bonanza
Sabrá guardar sus fueros y defender sus leyes.

Mi pueblo siente al veros palpitaciones íntimas
Y unido en una sola, acorde vibración,
Da al Héroe sin segundo de *Enciso* y *La Tribuna*,
Lo único que tiene : su fe, su corazón!

Itagüí (Antioquia), 17 de Abril de 1895.

L. E. I.

SONETO.

Al ciudadano General Sr. D. RAFAEL REYES, caudillo del Ejército Regenerador de Colombia.

Antes que el brillo de tu recia espada,
Vengadora tenaz de cien derechos,
Se amortigüe en la sangre que los pechos
De hombres sin ley ni Dios remueve airada,

Tu noble corazón á la preciada
Bondad tributo rinde con los hechos,
Trayendo de sus móviles estrechos
A la turba que ruga desfrenada.

No de Escipión secundas el estrago
Ni tu pujanza de moderno Anteo
Ruinas obsequia al triste jaramago :

Ni en tí las desventuras de Perseo
Movimientos creó de necio halago,
Que Cincinato envidia tu trofeo.

JOSÉ RAMÓN BUENO.

Popayán, Abril 23 : 1895.

EL GENERAL REYES EN ENCISO.

Allá lo vi sereno y majestuoso
Animando las huestes bondadoso
En medio del combate destructor.
Como el genio que arrastra la victoria
Este hijo mimado de la gloria
Por doquiera se encuentra vencedor.

También lo vi abrazando al prisionero
Después de roto el enemigo acero
Y en paz alzado el tricolor pendón.
¿Qué es el timbre mejor para este hombre,
Lo que lo llena de inmortal renombre?
El conceder magnánimo el perdón !

Por eso se destaca su figura
Y como sol de Libertad fulgura
En esta nueva ensangrentada lid.
Tienen razón los pueblos con sus leyes
Para cubrir de flores á ese REYES
Que es de la paz el astro en el zenit.

JUSTINIANO UPEGUI B.

Ocaña, 20 de Abril de 1895.

—| APENDICE. |—



Impresas las páginas que preceden, hemos resuelto insertar en forma de *Apéndice*, para completar este trabajo, las piezas siguientes que han venido últimamente á nuestras manos.

OBSEQUIO DE LAS SEÑORAS Y SEÑORITAS DE BOGOTÁ

AL GENERAL REYES.

Una hermosa medalla de oro y de diamantes, trabajada con exquisito gusto, fue presentada el sábado 18 de los corrientes al General REYES por las señoras Josefina Ospina de O'Leary, Ana Vargas de Vargas, Sofía Mallarino de Cárdenas, Margarita Tobar de Carrillo, María Díaz de Briceño y María Luisa Tobar, en representación de las señoras y señoritas de la sociedad bogotana. En dos grandes cuadros, también de exquisita ejecución, estaban inscriptos los nombres de las damas que hicieron el obsequio.

La descripción de la medalla es:

Un escudo de oro formado con troncos y ramas de hojas de laurel. Significa LA FUERZA y EL TRIUNFO.

En el centro del escudo, en la parte superior, el sol saliente, alumbrando el fondo con grande esplendor. Este brillo luminoso del escudo significa LA GLORIA DE LA PATRIA.

Se ven dos cintas en medio de la "Gloria" con esta inscripción:

Las señoras de Bogotá á RAFAEL REYES.

Significa: Gran felicitación de las bellas matronas de esta capital al afortunado y noble guerrero.

Del escudo pende una media-luna de oro, adornada con finos diamantes. Significa:

La hoz brillante que sirvió para segar la cabeza de la revolución, queda colgada y á disposición de la Patria.

Los nombres de las damas son los siguientes:

SEÑORAS:

Ana Narváez de Caro, Josefina Ospina de O'Leary, Ana Vargas de Vargas, Bárbara Tobar de Moya, Margarita Tobar de Carrillo, María Díaz de Briceño, Sofía Mallarino de Cárdenas, Ana Orrantía de Pérez, Ana Brigard de Uribe, Amalia Briceño de Restrepo, Amalia Luque de Fallon, Aurelia M. de Montoya, Ana Borda de Núñez, Antonia Orrantía de Osorio, Angela León de Forno, Ana Calvo de Vélez, Agustina Umaña de Grajales, Ana D'Lany de Moncada, Ana María C. de Ortiz, Adolfa Ferreira de Concha, Adelaida Torres de Pardo, Amalia G. de Peña, Ana

J. Cortés de Campos, Amalia M. de Herrera, Ana Morales de Merizalde, Amelia V. de Pinto, Alejandrina Díaz de Uribe, Blasina Tobar de Caro, Belisa Bernal de Ospina, Bárbara D. de Cubillos, Benicia Santacoloma de Barrera, Bárbara Escallón de Ortega, Buenaventura de Cortés, Belén Silva, Cecilia Arboleda de Holguín, Carolina O'Leary de Portocarrero, Cesárea Arroyo de Arroyo, Carmen de Peñaredonda, Carolina Márquez de Cuervo, Concepción Arboleda de Cárdenas, Cecilia Carrizosa de Nieto, Carmen Mazuera de Leiva, Carmen Ponce de Tanco, Cricila Arbeláez de Ramírez, Carmen Vargas de Guerra, Carmen Gutiérrez de Osorio, Carmen Orrantía de Patiño, Carmen Ferro de Portocarrero, Concepción Vargas V., Concepción Briceño de Sicard, Carmen Corena de Barrera, Clara Azcuénaga de Osorio, Carmen Lleras de Pardo, Clementina Suárez de Restrepo, Clementina Mariño de Valderrama, Carmen Restrepo de Mejía, Clementina Portocarrero de Jaramillo, Concepción Ramírez de Merizalde, Concepción Putnam de París, Clotilde R. de Herrán, Clementina Tobar de Castro, Carmen F. de Silvestre, Concepción V. de Bermúdez, Clementina de Sampedro, Carlota Escobar de Franco, Carmen T. de Pinto, Clementina de Perea, Carlota E. de Franco, Concepción C. de Gómez, Concepción Cervantes, Carmen M. de Moncada, Concepción G. de Vanegas, Celia Sánchez de Santos, Cecilia Lago de Ortega, Carolina Brigard de Londoño, Dolores Fernández de Briceño, Dolores Tirado de Restrepo, Dolores Holguín de Mallarino, Dolores Ramírez de Vargas, Dolores Morales de Ortiz, Dolores Tobar de Tobar, Dolores V. de Navas, Dolores Ortega de Caro, Dolores Ospina de Arango, Dolores Rubio de Pardo, Dolores Jiménez de Higuera, Dorila Antommarchi de Rojas, Dolores Orrantía de Borda, Dolores Pardo de Vanegas, Dolores Quijano de Venegas, Dolores Alvarez de Gómez, Dolores Valenzuela de Chacón, Dionisia de Plata, Dolores Carrillo de Reyes, Dolores Silva de Reyes, Dolores Reyes de Muelle, Dolores H. de Fernández, Dolores M. de Barrera, Dolores Ramos de Ruiz, Dolores Lizarralde de Luque, Dolores Cervantes, Dolores Vargas C., Enriqueta Velasco de Córdoba, Emilia Ortega de Carrasquilla, Emilia Morales de Tobar, Emperatriz Barrera de Groot, Emilia Torres de Nieto, Elisa Restrepo de Pizano, Elisa Restrepo de Mier, Eugenia Uribe de Duque, Elena Maldonado de Castro, Elena T. de Urizar, Elvira Martínez de la Parra, Elvira Sandino de Castillo, Eduvigis Vega de Gutiérrez, Elvira V. de Castro, Elena Gómez de Vargas, Enriqueta M. de Campuzano, Elvira García de Cuevas, Eduarda de Muñoz, Enriqueta Sierra de Gómez, Ester Moncada de Castro, Elena Portocarrero de Bermúdez, Eufrosina Silva de Castro, Elena Ospina de Pulido, Elvira Padilla de Escobar, Florinda Torres de Holguín, Florentina G. de Rueda G., Filomena Agudelo de Arjona, Filomena Vargas de la Rosa, Fidela S. de Rubio, Francisca Tobar de Rivas, Francisca Angel de Chiape, Felisa Castro de Paz, Fidela Vega de Sayer, Guadalupe Uribe de Ruiz, Gabriela B. de París, Gabriela O. de Rodríguez, Hortensia Antommarchi de Vásquez, Helvia Herrán de Pombo, Herminia B. de Lascano, Inés Osorio de Sáiz, Isabel Cheyne de Vargas, Indalecia R. de Barrera, Inés Nieto de Brigard, Isabel Putnam de París, Ignacia P. de Fonseca, Inés C. de Santamaría, Ignacia Vergara de Balcázar, Inés Arboleda de Pombo, Indalecia Rojas de Barriga, Irene C. de Sotomayor, Indalecia Tavera de Barriga, Justina Serna de Mendoza, Juana Arroyo de Trujillo, Julia Restrepo de Ortiz, Josefina García de Canal, Julia Maldonado de Plaza, Juana P. de Castro, Jo-

sefina Navarro de Urdaneta, Julia Umaña de Umaña, Juliana de Francisco de Vélez, Julia Z. de Vargas, Juana Mazo, Leonor Tanco de Putnam, Liboria Plata de Aguirre, Laura Vanegas de Quintana, Lucinda J. de Sicard, Luisa Carbonell, Lucía G. de Martínez, Mercedes Cabal de Mallarino, Margarita Caro de Holguín, Matilde Espina de Posada, María Josefa Sáiz de Gómez, Mariana Mosquera de Cárdenas, Manuela Santamaría de Arboleda, Mercedes Arbeláez de Urdaneta, María Teresa G. de Marroquín, Magdalena Santamaría de Mier, María Ortega de Pardo, María Josefa Gutiérrez de Mendoza, María Josefa Alfonso de Garzón, María Holguín de Salgado, Mercedes Alvarez de Velasco, Mercedes Duque de Duque, María Trujillo de Motta, Mercedes Briceño de Estévez, Mercedes Vargas de Urdaneta, Marcelina Sampedro de Peña, María J. Suescún de Muelle, Manuela Vargas de la Rosa, María Tobar de Merizalde, María de la Paz Trujillo, María Jesús Salas de Gálvez, Margarita Borda de Tobar, Mariana Umaña de Morales, Margarita Borda de Gamba, Mercedes C. de Rosas, María A. Borda de Orrantia, Mercedes Uribe de Uribe, Matilde Pardo de Narváez, Manuela Posada de Espinosa, María Torres de Toro, Mercedes de Gaitán, María Jesús F. de Matiz, María Silvestre de Fonseca, Matilde Gaitán de Quintero, Mariana B. de Angel, Mercedes C. de Alba, María Antonia B. de Delgado, María Dolores Pardo de García H., María Josefa Castro de Leiva, Matilde Baraya de Muñoz, Matilde Tejada de Riaño, María N. de Restrepo, María Josefa de Pardo, María Josefa Ch. de Rodríguez, Mercedes B. de González, María Josefa M. de Bernal, Margarita de Castro, Mercedes Ramos de Arrubla, Mercedes de Fernández, María Zerda de Losada, Mercedes Arce de Borrero, Margarita G. de Villalobos, María Antonia Medrano de Navas, Mercedes V. de Racines, María J. Vernaza de Pulido, Mercedes Ospina de Roa, María Luisa Pradilla de Ospina, María Luisa Ospina de González, María Lago de París, María del Castillo de Quintana, María Jesús Grajales de Gómez, María J. Alvarez de Uribe, María J. Santamaría de Mendoza, Mercedes Grajales de Uribe, Natalia G. de Gómez, Nieves S. de D'Alemán, Ofelia Sicard de Convers, Paulina Cheyne de Arboleda, Paulina Suárez de Caicedo, Paulina D. Granados de Villa, Procesa Lobo Guerrero de Ospina, Paulina M. de Moncada, Paz Valderrama de Pinto, Pilar A. de Ballesteros, Paulina B. de Arciniégas, Patrocinio C. de Casas, Paulina Velasco de Vergara, Rosa Ponce de Portocarrero, Rosario D. de Price, Rosa B. de Hernández, Rosario M. de Urdaneta, Rosalía Arroyo, Sofía Mosquera de Arboleda, Sofía Valenzuela de Carrizosa, Susana Narváez de Caro, Sara Isaacs de Mallarino, Soledad Portocarrero de Uribe, Soledad S. de Ordóñez, Susana Mallarino de Delgado, Soledad Piñeros de Cárdenas, Soledad Vargas de Lemos, Soledad Borda de Tobar, Sergia Vargas de Venegas, Segunda V. de Peña, Salomé N. de Gutiérrez, Sofía Maldonado de del Río, Sara Escallón de Dousdevés, Teresa Vargas de Vargas, Teresa Sáenz de Restrepo, Teresa R. de Botero, Teresa Neira de Muellé, Trinidad Neira de Cuervo, Trinidad D. de Rojas, Tulia Padilla de Urdaneta, Trinidad Borrero de Vega, Ursula Ospina de Malo, Virginia Vásquez de Moya, Victoria García H. de Antommarchi, Virginia Quijano de Narváez, Vicenta Pineda de Caicedo, Waldina Dávila de Ponce, Zoraida Cadavid de Sierra, Teresa Pardo de Morales, Mercedes Vargas de Pombo, Rosa Moya, Inés Ramírez de Ricaurte, Concepción Silva de Martínez, Francisca Vergara, Teresa Ponce de Tanco,

SEÑORITAS :

Julia Zerda, Carlota Ospina, Dolores Restrepo, Francisca Restrepo, Mercedes Gamba, Elena Gamba, Alejandrina Lago, Amanda de Mendoza, Abigaíl Garzón, Ana de Mendoza, Ana Caro, Ana Mallarino, Ana María Tobar, Ana Ramírez, Ana Lago, Ana Lucía Canal, Ana María Paz, Ana María Ospina, Ana María Sicard, Ana María Reyes, Ana Eulogia Duque, Ana Bermúdez, Ana Briceño, Amalia Briceño, Abigaíl Barriga, Amalia Fuentes, Amelia Beltrán, Ana Mercedes Luque, Adela Cheyne, Beatriz Pombo, Beatriz Arboleda, Beatriz Mallarino, Bárbara Vélez, Belén Vargas, Belén Silva, Blanca Venegas, Benita Pérez, Carlota Putnam, Carlota Luna Ospina, Carlota Alvarez, Concepción Bermúdez, Concepción Botero, Concepción Arce, Concepción Borda, Concepción Quintana, Concepción Aguirre, Concepción Bernal, Concepción Alvarez, Concepción Monroy, Carmen Pardo, Carmen Restrepo, Carmen Zerda, Carmen Vargas V., Carmen Quintana, Carmen Balcázar V., Carmen Latorre, Clementina Bernal, Clementina Torres, Cecilia Malo O., Cecilia Ortega, Cecilia Mallarino, Cecilia Portocarrero, Celestina Duque, Cornelia Fallon, Catalina Fernández Madrid, Clotilde Aguirre, Clotilde Nieto, Cristina Morales, Carolina Umaña, Cristina Balcázar, Clelia Torres, Dolores Briceño, Dolores Balcázar, Dolores Holguín, T. Dolores Navarro, Dolores Navas, Dolores Vanegas, Dolores Borda, Dolores Ortiz, Dolores de Mendoza, Dolores Peña, Dolores Pinto, Elmira Antommarchi, Eloisa Balcázar, Elisa Campuzano N., Elisa Venegas, Elisa Roa O., Elisa Bernal, Elisa Suescún, Elisa Caicedo, Elena Vargas, Elena Venegas, Elena Duque, Elena Mariño, Elena Posada, Elvira Duque, Elvira Vásquez D., Encarnación Gálvez, Eusebia Bernal, Emilia Ordóñez, Emilia Tobar M., Enriqueta González, Ester Flórez A., Escilda Santacoloma, Eugenia Mallarino, Eugenia Posada, Enriqueta Vélez, Filomena Bernal, Francisca Nieto, Felisa Botero, Felisa Camacho, Filomena Zaldúa, Graciela Villa, Gabrielina Moya, Gertrudis Ortiz, Gertrudis Garzón, Gertrudis Villaveces, Hortensia Santamaría, Josefina Santamaría, Josefina Arboleda, Josefina Nieto París, Josefina Suescún, Josefina Cuervo, Julia Holguín C., Julia Tanco, Julia Malo M., Julia Venegas, Julia Trujillo, Julia Gómez, Julia Tobar, Juana Sandino, Julia Serna, Jesús Sandino, Juliana Rendón, Julia Leiva, Juana Duana, Juana Cárdenas, Jacinta Durana, Inés Rubio, Inés de Brigard, Inés Vargas, Inés de Mendoza, Inés Restrepo, Inés Moreno, Inés Ospina, Isabel de Mier, Isabel Caicedo, Isabel Sierra, Isabel Flórez A., Isabel Urdaneta, Isabel Mallarino, Luisa Valenzuela, Luisa Bernal, Librada París, Lucrecia Suescún, María Jesús Duque, María Luisa Gálvez, María Luisa Venegas, María Luisa Peña, María del Carmen Osorio, María del Carmen Casas, María Teresa Venegas, María Teresa Ortega, María Teresa Restrepo S., María J. Barón, María Rendón, María Casas, Margarita Holguín, Margarita Caro N., Margarita Gutiérrez, Margarita María París, Margarita Hernández, Margarita Serrano, Margarita Mallarino, Margarita Rendón, Margarita Botero, María Antonia Morales, Mercedes Caycedo R., Mercedes Carrasquilla, Mercedes Vargas, Mercedes Franco, Mercedes Sierra, Mercedes Carrillo, Mercedes Campuzano N., Mercedes Roche, Mercedes Quintana, Mercedes Malo, Mercedes Vélez, María Cheyne, María Quintana, María Pardo D., María Holguín, María Caro N., María Sotomayor, María Fallon, María Mejía, María Malo O., María Cuervo, María Caycedo,

María Ortiz, María Navarro, María Malo M., María Osorio A., María Racines, María Ballesteros, María de Mendoza, María Jaramillo, María Arboleda, María Umaña, María J. Carrasquilla, María J. Pérez O., María Josefa Venegas, María Josefa Urdaneta, María Jesús Rubio, María Jesús Moreno, María Jesús Vernaza, María Jesús Martínez, María Jesús Sarmiento, María Jesús Olivares, María Jesús Salamanca, María Luisa Tobar, María Elena Pardo, Margarita Gutiérrez, María Luisa Tobar y T., Mercedes Caicedo P., Mercedes Osorio, Mercedes Vergara, Mercedes Monroy, Manuela Vargas V., Manuela Córdoba, Manuela de Mendoza, Manuela Mallarino, Matilde Arboleda, Matilde Botero, Matilde Posada, Matilde Vargas, Matilde Tobar, Magdalena Sáiz, Magdalena Ortiz, Mariana Ortiz, Mariana Rubio, María Rodríguez, Mercedes Rodríguez, María Gómez Restrepo, Nazaria Balcázar, Natividad Hinestrosa, Natalia Barón, Natalia Pombo, Narcisa Navas, Paulina Durana, Paulina Mallarino, Paulina Aguirre, Patrocinio Aguiar, Presentación Rico, Rosa Caicedo, Rosa Nieto, Rosalvina Lamo, Rosaura Sierra, Soledad Barón, Soledad Urdaneta, Soledad Calvo, Soledad Vélez, Soledad Gómez, Susana Caro N., Susana Rendón, Sara Luque, Susana Delgado, Susana Vanegas, Susana Gaitán, Sofía Vargas, Sofía Holguín, Sofía Caro, Sofía Hernández, Sofía Cheyne, Sixta Botero, Sara Duque, Saturia Balcázar, Teresa Nariño, Teresa Botero, Teresa Maldonado, Teresa Arce, Teresa Ospina, Teodora Gaitán, Teodosia Gaitán, Trinidad Recamán, Ursula Restrepo, Virginia París, Virginia Balcázar, Virginia Nariño, Virginia Mariño, Vicenta Gutiérrez, Vicenta Osorio, Visitación Gutiérrez, Zoila Tobar,

La señora Ospina de O'Leary, al entregar al General REYES la medalla y los cuadros, le manifestó que las señoras y señoritas de Bogotá le hacían tal homenaje como premio á su valor y á su magnanimidad y por los servicios prestados á la Patria; y que en él estimaban tanto al hombre de hogar y de sociedad, como al guerrero y al patriota.

El General REYES le contestó:

Respetada señora: Me siento abrumado por el entusiasmo y la bondad con que me honran las damas colombianas, y muy especialmente los centenares de virtuosas y bellas señoras y señoritas de Bogotá.

Vuestra delicadeza y vuestra caridad al dedicar parte de los fondos que suscribisteis para obsequiarme, á la fundación de doce camas para niños pobres en el Asilo levantado por los esfuerzos del Doctor Camargo, me enternece, me hace admiraros y desear que todo lo que se ha gastado en festejarme se hubiera dedicado á igual objeto. Pero ya que así no ha sucedido, pido, eso sí, que se me permita agregar mi óbolo á vuestra santa obra.

El hecho de ser vos, señora Ospina de O'Leary, y la vjuda del gran patriota Briceño, y las demás señoras que os acompañan, las portadoras de este obsequio, le dan mayor valor al regalo que me hacéis, porque vosotras sois modelo y orgullo de las damas de Colombia.

RECIBO

DEL DIRECTOR DE LA INFANCIA DESAMPARADA.

Recibí de las señoras encargadas de recaudar fondos para una medalla conmemorativa con que varias señoras de esta ciudad se proponen obsequiar al señor General D. RAFAEL REYES, la cantidad necesaria para arreglar del todo un dormitorio con doce camas; cooperando así á la Obra del Niño Jesús en favor de la infancia desamparada. En tan benéfica obra se han empleado los fondos que sobraron de la citada suscripción, y con ella se proponen las señoras complementar su modesto obsequio, dedicándosela al señor General REYES.

Bogotá, 9 de Mayo de 1895.

M. M. CAMARGO,

Director de la Infancia Desamparada.

ACUERDO NUMERO 2 DE 1895

POR EL CUAL SE HACE UNA MANIFESTACIÓN DE GRATITUD.

EL CONSEJO MUNICIPAL DE BOGOTÁ,

En uso de sus atribuciones, y

CONSIDERANDO :

Que el Sr. General D. RAFAEL REYES se ha hecho acreedor á la gratitud nacional por los importantes servicios prestados al país en la pasada rebelión, distinguiéndose por su actividad, patriotismo, valor y generosidad, y contribuyendo eficazmente al restablecimiento de la paz,

ACUERDA :

Art. 1.º Presentar como una muestra de gratitud y reconocimiento y en nombre del Municipio de Bogotá, á dicho Sr. General REYES, una medalla de oro que llevará grabadas en el anverso las armas de la ciudad de Bogotá, con esta inscripción: "República de Colombia: La Municipalidad de Bogotá," y por el reverso, dentro de una corona de laurel, esta otra: "Al Sr. General Don RAFAEL REYES, Acuerdo número 2 de 1895."

Art. 2.º Hacer construir un arco triunfal en el lugar más conveniente, el día de la entrada del Sr. General REYES á esta ciudad, con esta inscripción: "El Consejo Municipal á REYES."

Art. 3.º La Municipalidad irá en Corporación, en asocio del Sr. Personero Municipal, á dar la bienvenida al ilustre General REYES, y el Presidente de ella le presentará la medalla de que trata el artículo 1.º y un ejemplar auténtico de este Acuerdo firmado por todos los miembros del Consejo.

Dado en Bogotá, á diez y nueve de Abril de mil ochocientos noventa y cinco.

El Presidente,

JOSÉ MANUEL RESTREPO S.

Los Consejeros :

LEÓN POSSE SALAS.—JULIO D. MALLARINO.—JOSÉ JOAQUÍN PARÍS.—FEDERICO PATIÑO.—JAIME CÓRDOBA.—EVARISTO DELGADO.—ELBERTO DE J. ROCA.—ULDARICO H. LEÓN.—SANTIAGO BAYÓN.—DIEGO RAFAEL DE GUZMÁN.—JUAN N. RODRÍGUEZ.—IGNACIO GUTIÉRREZ U.—ANDRÉS VARGAS M.—DIONISIO MEJÍA.—DIEGO MADERO.—LISÍMACO PALÁU.—JERÓNIMO ARGÁEZ.—RUPERTO S. GÓMEZ.—El Secretario, ANTONIO M. LONDOÑO.—El Personero Municipal, ANTONIO GUTIÉRREZ RUBIO.

Alcaldía de Bogotá.—Abril 20 de 1895.

Publíquese y ejecútese.

HIGINIO CUALLA.

Constantino Castañeda B., Secretario.

Prefectura general de Cundinamarca.—Bogotá, Abril 20 de 1895.

El suscrito Prefecto estima de justicia la manifestación de gratitud y admiración que el Consejo Municipal de Bogotá le hace al ilustre General RAFAEL REYES por medio del presente Acuerdo, por cuyo motivo resuelve enviar dicho Acuerdo, sin observaciones, al Sr. Jefe Civil y Militar del Departamento por conducto de la Secretaría de Gobierno, para los fines legales.

ANTONIO OSPINA L. G.—*F. Javier de Castro, Secretario.*

Jefatura Civil y Militar del Departamento.—Bogotá, Abril 22 de 1895.

Revisado,

JOSÉ DOMINGO OSPINA C.

DEO.

Nos DR. Antonius Sabatucci Dei et Apostolica Sedis Gratia Archiepiscopus Antioensis Apud Columbia Rempubicam Delegatus Apostolicus et Extraordinarius Legatus etc., etc., etc.

En uso de las facultades apostólicas de que estamos investidos por Nuestro Smo. Padre León P. P. XIII y con ánimo de dar en nombre del mismo Padre Santo una prueba de paterno afecto al valiente y piadoso General RAFAEL REYES, que con la ayuda de Dios pacificó la República, trastornada por una revolución de fatales consecuencias para la Iglesia y para la Patria: Concedemos tanto á él como á su digna Señora D.^a Sofía Angulo de Reyes el indulto de Oratorio privado en la casa de su propia habitación en esta capital durante su vida, para que puedan en él hacer celebrar por un sacerdote legítimamente aprobado el Santo Sacrificio de la Misa todos los días, con excepción de los más solemnes del año: la cual Misa valdrá para que cumplan con el precepto tanto ellos como sus hijos, parientes y criados. Concedemos además al mismo Sr. General y su Señora que en caso de enfermedad puedan hacer celebrar la Santa Misa también en los días arriba exceptuados y puedan ambos y sus hijos recibir en ella la Sagrada Comunión. Salvos siempre los derechos parroquiales.

Dado en Bogotá, á los 27 del mes de Abril de 1895.

† ANTONIO,

Arzobispo de Antioe,

Delegado Apostólico.

Bogotá, Mayo 8 de 1895.

Al Sr. General D. RAFAEL REYES, etc., etc., etc.—Presente.

Mi apreciado General y amigo:

La "Junta de Recepción" que se organizó en esta ciudad ha tenido á bien comisionarme para presentaros á nombre de ella las banderas con que fueron engalanados los carros alegóricos el día de vuestra entrada triunfal.

Ofrezco, pues, al guerrero invicto, cuya egregia figura destácase imponente, envuelta en un manto de gloria, en las apacibles pampas de Bogotá, en las turbias ondas del Magdalena, en las risueñas márgenes del Zulía, en la inmortal hecatombe de Enciso, esas insignias gloriosas de la Patria que sabréis llevar y defender siempre con honor.

Junto con el obsequio, recibid las protestas de mi personal adhesión.

RICARDO MORALES T.

ALL' ILLUSTRE VINCITOR

DELLA TRIBUNA E D'ENCISO

SIGNOR GENERALE RAPHIAEL REYES.

Salve Signor. Se l'italo
Plettro di te risuona
Se ai patri serti intrecciati
Non patrio fior, perdona.
Parla in ogni alma il cantico
Quando il governa il core
No' non è stranio il fiore,
Che italo ciel nutrì.....

Sodali, all' arpe, e fremano
Le loro corde, e i carmi
Se a noi non lice l'inclito
Nome scolpir sui marmi.
Rechiamlo in seno espresso ;
Benediciamlo apresso
Benediranto i posteri,
Lo eterneran l'età.

Oggi fra noi l'ingenita
Bontà recasti in seggio
Ma il lampo di tua gloria
Qui scintillar non veggio.
L'elsa scingesti e il cingolo
E il militar tuo ammanto,
Nè ti passeggia accanto
L'avita maestà.

Ma non così ti videro
Le nordiche contrade,
Quando balzavi al rapido
Balen di mille spade,
Quando ruotavi il brando
Sull' inimico, e quando
D'un serto redimivanti
Che sul tuo acciar fiorì.

Balena or qui più fulgido
Di sua bontade il lampo
Essa qui ha scelttro e impero
Qui signoreggia il campo.
È il nostro cor suo trono,
Noi sua corona, e sono
Trofei di sua vittoria
Gli affetti, i carmi, e i fior.

Degna il mio fior. Nol fregiano
Vaghi color, ne olezzi
Le grazie non arrisergli
Non il fornir di vezzi.
Pure il mio fior non sfrondasi,
Pure il mio fior non muore ;
Ma germogliò dal core,
Ma grata man l'offrì.

Gran Dio, dei di, che avanzangli
Tessi lo stame in oro :
Di ai tuoi ministri : Orditegli
Serti d'Eterno alloro.
Scrivete il suo destino
Sul libro adamantino
Gran Dio, al mio pregò inchinasi
Dimmi : ti appagherò.

GIUSEPPE GENNARO S. J.

AL ILUSTRE GENERAL RAFAEL REYES.

ÓBOLO DE ADMIRACIÓN.

“ Libertad ! ” palabra santa,
Hoy de Colombia un tesoro,
Gritan los pueblos en coro
A REYES, digno campeón ;
Porque al enemigo espanta
Esa figura gallarda
Que entre el noble pecho guarda
Valeroso corazón !

En la diestra el estandarte
Grandioso en su noble porte
REYES, el titán del Norte,
Al rebelde hizo temblar ;
Y cual hijo de dios Marte
Destruye al cruel invasor
Y el pueblo Libertador
Hoy lo aclama sin cesar.

Y Bolívar desde el cielo
Le contempla entusiasmado
Porque en la tierra ha dejado
La semilla del valor ;
“ No soy solo, ” dice el Héroe
Siempre noble y animoso ;
“ Levántase otro coloso
Que es también Libertador. ”

MANUEL J. DE LEÓN.